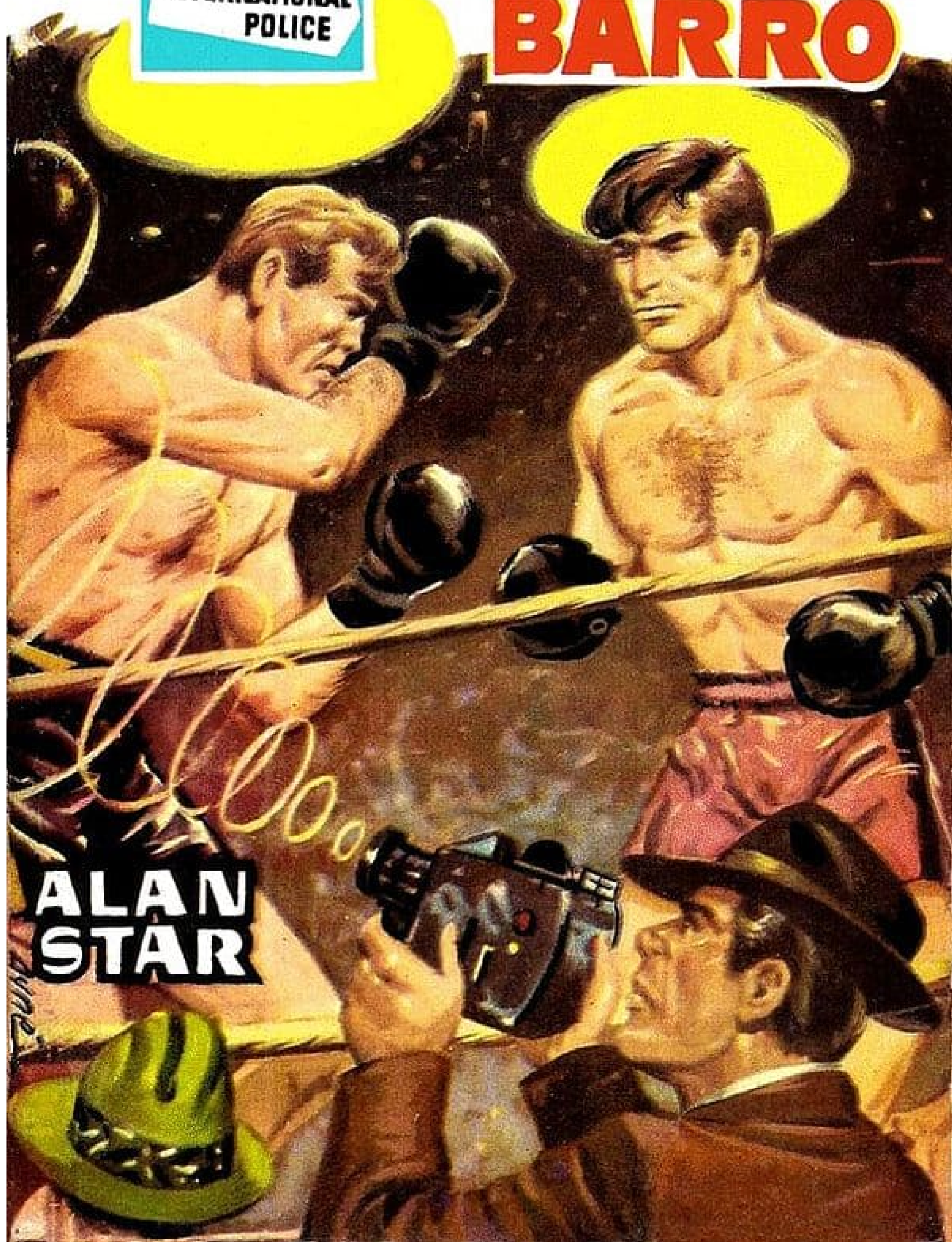
S.I.P.

SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

ÍDOLOS DE BARRO



Lukas Sfaiss había fruncido el entrecejo; pero, no obstante, sonrió.

Luego:

—O me he vuelto demasiado viejo o demasiado idiota, pero no os comprendo.

Hans se agitó en su asiento.

Se había explicado bastante bien, creyendo obrar de una manera tan recta cómo debe ser la de un buen agente de la Spacial International Police; pero su jefe directo, el encargado de la Sección Berlín, Lukas Sfaiss, el hombre que tenía enfrente, sentado tras la mesa de despacho, no le había, por lo visto, comprendido.

—Yo sólo deseaba saber si había algún trabajo pendiente —dijo:

—¿Otra vez? ¿Es que no quieres, en verdad, disfrutar de estas dos semanas de vacaciones que te corresponden?

—Yo…



Alan Star

Ídolos de barro

Bolsilibros:
S. I. P.
(Spacial International Police) - 30

ePub r1.0
LDS 18.04.18

Título original: *Ídolos de barro*
Alan Star, 1960
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

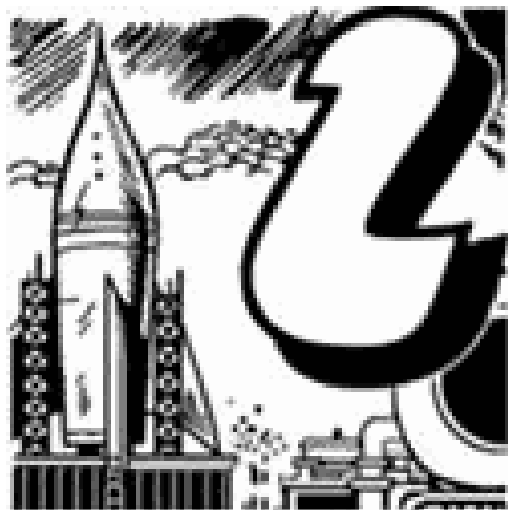


IDOLOS DE BARRO




IDOLOS de
BARRO

CAPÍTULO PRIMERO



UKAS SFAISS había fruncido el entrecejo; pero, no obstante, sonrió.

Luego:

—O me he vuelto demasiado viejo o demasiado idiota, pero no os comprendo.

Hans se agitó en su asiento.

Se había explicado bastante bien, creyendo obrar de una manera tan recta cómo debe ser la de un buen agente de la Spacial International Police; pero su jefe directo, el encargado de la Sección Berlín, Lukas Sfaiss, el hombre que tenía enfrente, sentado tras la mesa de despacho, no le había, por lo visto, comprendido.

—Yo sólo deseaba saber si había algún trabajo pendiente —dijo:

—¿Otra vez? ¿Es que no quieres, en verdad, disfrutar de estas dos semanas de vacaciones que te corresponden?

—Yo…

—¡Bueno, bueno! En mis buenos tiempos, un descanso era

siempre recibido con alegría; pero la juventud de hoy…

No había manera de entenderse.

Comprendiéndolo así, Hans lanzó un suspiro, encendiendo después un cigarrillo.

—De acuerdo, jefe: tomaré estas vacaciones, ya que no hay nada que hacer, por el momento.

—¡Naturalmente, hombre! Ya sé que contabas con ir a Washington, llamado por el Viejo. Todo el mundo quiere, y es natural, trabajar a las órdenes directas de Callowan; pero ya te he dicho antes que mientras tú terminabas la misión que te encomendé, Donald llamó y le envié a dos de tus compañeros… ¡Otra vez será, Luverhein!

—Sí, otra vez será; tiene usted razón.

Le hubiera gustado muchísimo formar parte de aquel equipo qué Donald Callowan, el jefe de la SIP, había pedido. Pero, por lo visto, no había, tenido la suerte que esperaba.

¿Qué iba a hacer?

Y no era que le disgustasen las vacaciones, sobre todo sabiendo que Hilma esperaba pasarlas totalmente a su lado. Pero, de todos modos, su ilusión hubiese sido la de colaborar, aunque sólo fuera una vez, con el Viejo, como cariñosamente llamaban a Callowan todos los agentes que la SIP tenía desparramados por el mundo.

Como si adivinase el curso de sus ideas, Lukas, sin dejar de sonreír, dijo:

—Te prometo, muchacho, que a la primera ocasión serás tú el primero en ir a Washington. Pero date cuenta que no podía sacarte de tu misión, justo cuando la estabas acabando.

—Lo comprendo, señor.

—Así me gusta. ¡Tiempo tendrás de colaborar directamente con Callowan! Ya sabes aquello de que «cuando menos se piensa, salta la liebre».

Sonrieron ambos.

El mal humor de Hans se había fundido como la nieve tierna ante un sol cálido, y se dijo que había hecho mal en juzgar severamente al jefe del Sector Berlín. Lukas Sfaiss, desde luego, le había proporcionado misiones importantes y no podía Hans quejarse de ello.

—¿Dónde vas a pasar las vacaciones? —inquirió Sfaiss.

Hans exclamó:

—Aquí.

—¿En Berlín?

—Sí. Hilma trabaja en una empresa de la ciudad y sus vacaciones no coinciden con las mías: tendré que ir a buscarla cada día, después del trabajo.

—Espero que te diviertas mucho.

—Procuraré hacerlo, señor. Y muchas gracias.

—¿Puedo llamarte donde siempre, en caso de necesitarte?

—Sí, al mismo sitio. Si acaso cambiase, en algún fin de semana, dejaré siempre dicho dónde me encuentro.

—De acuerdo.

Hans se había puesto en pie y estrechó la mano que el otro le tendía por encima de la mesa.

El agente era alto, delgado, con cabellos rubios y algo ensortijados, sobre todo en la parte delantera. Poseía una frente amplia y unos ojos azules con un brillo de sinceridad en ellos.

—Adiós.

—Adiós.

Lukas le contempló, desde la ventana de su despacho, cruzar el jardín del edificio para dirigirse hacia su coche. Estaba contento de aquel muchacho y ya había comunicado a Washington la conveniencia de que Callowan lo clasificase en algún grupo especial, ya que estaba maduro para lanzarse a misiones más importantes que las que dependían del Sector Berlín.

«Será un excelente agente —se dijo Sfaiss, sonriendo, mientras el otro subía al coche—. Sí, un excelente agente, que he ido formando yo, poco a poco, puliéndole día tras día, desde su salida de la escuela, para convertirlo en lo que muy pronto será».

Entretanto, Hans, conduciendo su coche, salió al tránsito de la ciudad, contemplando las cosas como desde hacía mucho tiempo no lo hacía. Ahora era libre y no llevaba misión alguna, pareciéndole extraño no sentir la tensión que se apodera de un hombre cuando está realizando un peligroso trabajo.

«Soy —se dijo, sonriendo como cualquiera de los hombres que pasan por mi lado: un ciudadano más, dispuesto a divertirse todo lo que pueda, olvidando que hay fuerzas, en la sombra, contra las que, corrientemente, se ha de combatir sin descanso».

Gozaba de aquella nueva situación y así, poco después de haber salido del edificio de la SIP, detuvo el coche, penetrando en un bar, donde se sentó, tranquilamente, llamando al camarero, sin prisas, sin tener que observar o vigilar a nadie.

—Tráigame un jugo de frutas y el teléfono, por favor.

—En seguida, señor.

Momentos después el camarero dejaba el vaso y el aparato sobre la mesita que el joven había elegido.

Y éste, cuando el barman se retiró, marcó el número que se sabía de memoria.

Se oyó la señal y casi inmediatamente descolgaron.

—Aquí la Weserfall Fabrik. ¿Con quién desea hablar?

Era una voz deliciosa que hizo experimentar a Hans una alegría sincera.

—Quisiera hablar con la telefonista más bonita del mundo y, si me lo permite, invitarla a cenar.

Había dado un tono especial a su voz, colocando un dedo entre sus labios: Así no se extrañó al oír la respuesta al otro lado del hilo:

—No podemos perder el tiempo, señor. Buenos días.

Pero antes de que la joven colgase:

—¡Alto ahí, señorita! —Y ahora hablaba con su verdadera voz—. ¿Desde cuándo se niega usted a salir con su prometido?

—¡Hans!

—Hola, pequeña…

—¡Qué bandido eres! De veras que no había reconocido tu voz…

—La cambié un poquito.

—¡Asesino!

—¿De qué?

—De felicidad. ¿Desde cuándo estás en Berlín?

—He llegado hace, aproximadamente, unas dos horas.

—¿Y vuelves a irte?

—Eso depende de una sola persona.

—¿De quién?

—De ti, cariño…

—¡Qué bobo eres! Ya sabes que si de mí dependiese, te pasarías dos semanas aquí, junto a mí…

—¡Concedido, señorita Lorents!

—¿Qué quieres decir?

—Que eso es precisamente lo que voy a hacer: me han dado dos semanas de vacaciones.

—¿De veras, Hans?

—Sí.

—¡Qué alegría, Dios mío! Siempre que vienes a Berlín no es más que para estar unas horas. ¡Si al menos supiera cuál es tu trabajo!

—Soy ladrón…

—¡No bromees, Hans!

—En serio, pequeña: soy ladrón de corazones. Pero robé uno, hace tiempo y me retiré de los negocios.

—¡Bah!

—Ahora en serio, querida: ¿a qué hora voy a buscarte?

—¿Es que no lo sabes? Salgo a las ocho.

—¿Cenaremos juntos?

—Sí.

—¿Y después? ¿No hay ningún espectáculo que te atraiga especialmente?

—Tú mismo elegirás, Hans.

—De acuerdo. Ahora voy a colgar porque no quiero que tu jefe te eche una bronca por hablar conmigo durante las horas de trabajo. ¡Hasta luego, Hilma!

—Hasta luego, Hans.

El joven terminó de beber su jugo de frutas, encendiendo después un cigarrillo.

¿Dónde llevaría a Hilma?

Había pensado en que Sfaiss le enviase a Washington y por eso no hizo plan alguno para su salida con la muchacha, creyendo que no podría estar con ella más que el tiempo justo para cenar en su compañía y despedirse.

«¡Como tantas otras veces!», se lamentó.

Paro ahora debería empezar a pensar en serio en los lugares a los que Hilma desease ir.

Por el momento, lo más urgente era irse a casa y cambiarse. Todavía llevaba el traje con el que había venido en el avión estratosférico, desde Damas, donde había concluido su última misión.

Salió del local, dirigiéndose a su domicilio, situado en un barrio nuevo, con grandes edificaciones rodeadas de hermosos jardines.

Allí tenía su piso, casi siempre cerrado, ya que su trabajo le dejaba muy poco tiempo para disfrutar de él.

Cambióse, eligiendo un traje azul marino, una camisa gris y una corbata azul. Se puso zapatos negros y juzgó oportuno no llevar sombrero. Después de echar una ojeada a, su «home», que seguía igual que siempre, lo abandonó, dirigiéndose en su coche, hacia la salida del elegante barrio.

Iba a salir de él cuando, de la portería general, situada junto a una especie de arco monumental, que servía de entrada, salió un hombre, haciéndole señas para que detuviese el coche.

Obedeció Hans y cuando el otro, el portero uniformado, estuvo a su lado, exclamó:

—¿Qué hay, Wilheim? —inquirió.

—Buenas tardes, señor Luverhein. Hacía tiempo que no se le veía por aquí.

—Es verdad, pero ya sabe que mi trabajo de viajante me hace estar casi siempre fuera.

—No se preocupe por el piso, señor: ya me ocupo yo de que lo limpien y se conserve bien.

—Ya lo he visto, amigo. Ahora, por suerte, voy a pasar unas vacaciones de un par de semanas.

—¡Me alegro de veras, señor! Si me he permitido detenerle es que han enviado un sobre, a su nombre, hace un rato. Y como yo vi pasar su coche hacia su casa, me dije que no tardaría mucho en salir, prefiriendo guardar el sobre en vez de llevárselo allí. Espero no haber cometido un error, señor.

—¡De ninguna manera!

Le tendió el otro el sobre y Hans, dejándolo sobre el asiento, se despidió:

—¡Hasta luego, Wilheim!

—Adiós, señor.

Puso el auto en marcha, tomando la amplía avenida que conducía hacia la ciudad. Durante cerca de un kilómetro, resistió las ganas que tenía de abrir el sobre, permitiéndose tan sólo echar sobre él una ojeada.

Lo había puesto boca abajo y con una mano le dio la vuelta.

Fue entonces cuando frenó, colocando el vehículo a un lado de la calzada.

Acababa de reconocer la escritura de Sfaiss y no podía permitirse el lujo de esperar un momento más.

«¿Una nueva misión?», se preguntó, en voz alta, sin poder evitar un escalofrío de emoción.

Desgarró el sobre, extrayendo una pequeña hoja de papel y dos más, de colores. Haciendo caso omiso de estas dos últimas, leyó la primera, después de desdoblarla:

> *Hans; Para que no digas que tu jefe no se preocupa de ti, te envío dos entradas, para el combate de boxeo de esta noche, en el Circus.*
>
> *Espero que el espectáculo sea del agrado de quien tú sabes.*
>
> LUKAS.

El joven lanzó una carcajada.

¡Demonio de Sfaiss!

Por un momento, mientras abría el sobre, había llegado a creer que sus vacaciones habían terminado antes de empezar. Y la verdad fue que, después de haber hablado con Hilma, hubiera sentido tener que decir a la muchacha que los hermosos planes que habían forjado iban a irse definitivamente al agua.

Sin dejar de sonreír, puso de nuevo el coche en marcha.

«Esto no es vida —se dijo, sinceramente divertido—. Lukas ama estas cosas: tenerle a uno en vilo en todo momento…».

Pero eso era, precisamente, lo que a él le encantaba.

* * *

—¿Al boxeo? —Inquirió ella, con el ceño fruncido, mirándole por encima de la mesa que les separaba y sobre la que las tacitas de café humeaban.

—Si no te gusta, Hilma, no vamos.

Ella sonrió.

—No es eso, Hans. Es que sería la primera vez que fuese a verlo, así, «de verdad».

—¿Qué quieres decir?

—Que algunas veces he visto combates en la, televisión, pero nunca asistí a una velada.

—¿De veras te desagradaría? Si quieres ir a otro sitio, regalamos las entradas…, y en paz.

—No, no es eso, Hans. Iré contigo, porque siento curiosidad por ver un combate de cerca. No es una cosa que me agrade mucho; pero, estando a tu lado, es distinto.

—Como quieras. En el caso que no te guste, abandonaremos el espectáculo en cuanto quieras.

—Bien.

Terminada la cena, salieron del elegante local en el que se hallaban y, una vea en el coche, Hans condujo, despacio, hacia el emplazamiento del Circus, el local más importante de Berlín, viendo, al llegar, el denso gentío que ya estaba penetrando por las enormes puertas.

—No me explico esta afición exagerada —dijo ella—. ¿Y tú?

—Por el momento, querida, lo que quiero saber es dónde podré dejar el coche. ¿Te parece poco problema?

Y era cierto.

Los vehículos, en número enorme, llenaban ya todos los aparcamientos posibles e imposibles, habiendo, desde las primeras horas, llenado los subterráneos para el aparcamiento normal.

Hans tuvo que vérselas y deseárselas, logrando, finalmente, dejar el automóvil en una callejuela estrecha, un callejón sin salida, a más de trescientos metros del Circus.

Recorrieron a pie aquella distancia, dejándose arrastrar por el torrente humano que les empujó hasta que, una vez dentro, pudieron, gracias a uno de los empleados, ser dirigidos hacia sus asientos, en la tercera fila de butacas del «*ring*».

Una vez acomodados, Hilma, con una tímida mirada rompió el silencio dirigiéndose a su prometido:

—¿No crees que estamos demasiado cerca, Hans?

—No temas. ¿Te imaginas que los puñetazos van a llegar hasta aquí?

—¡Qué tonto eres!

Pero su exclamación estaba cargada de temor y Hans no pudo por menos de sonreír.

No tardó mucho en subir el anunciador al cuadrilátero y después de conseguir silencio, su voz se dejó oír por los doscientos altavoces que se repartían por el enorme recinto:

—¡Señoras y señores! No es nada de extrañar que el entusiasmo de los buenos aficionados se haya concretado con este unánime lleno del Circus. Y lo curioso es que no se trata como tantas otras veces de una pelea conocida, de una lucha por un campeonato. Quizá sea precisamente lo extraño de la velada de esta noche lo que haya llamado más poderosamente la atención de todos.

»Dentro de unos instantes va a librarse un combate con el que no contábamos en absoluto: un combate, repito, que enfrentará a dos hombres muy distintos. Uno de ellos, Luigi Carelli, el actual campeón europeo de pesos pesados, es sobradamente conocido…

Una ovación cerrada cortó las palabras del «*speaker*».

—Lo curioso —siguió diciendo— es que cuando recibimos el desafío, hace tres semanas, no queríamos aceptar, ya que, con toda sinceridad, no nos ofrecía garantía alguna un boxeador desconocido y cuyas características personales de este luchador les asombrará a ustedes como nos ocurrió a nosotros… De todos modos, quiero hacer constar que el entrenador de este boxeador, Otto Lunker, conocido «manager», se ha comprometido a abonar el importe de toda la entrada al Circus, si su pupilo es derrotado…

Gritos, silbidos.

El silencio tardó bastante en volver, demostrando la excitación de los ánimos de los espectadores.

—No me extraña —dijo el locutor— esta emoción, amigos míos. Por lo menos, ya saben ustedes que tienen muchas probabilidades de que les sea devuelto, casi totalmente, quitando naturalmente los gastos generales. Porque, francamente, yo no puedo concebir que Sam «el Marciano», así se llama el contrincante de Luigi, pueda hacer un buen papel…

El escándalo surgió, más vehemente que nunca.

—¡Déjale que le mate!

—¡Que le de una buena lección!

—¡Queremos verlo!

—¿Es un enano?

—¿Tiene dos cabezas?

El «*speaker*» consiguió, ahora con más dificultad que nunca, un

nuevo silencio.

—Creo que ya he dicho bastante. Vamos a dar salida, en estos momentos, a los púgiles. Yo, como siempre, deseo que ustedes, señoras y señores, pasen una agradable y emocionante velada.

La atención del gentío se vertió entonces hacia las dos salidas, por las que acababan de aparecer los dos boxeadores.

Luigi, con su albornoz amarillo, fue recibido con una ovación estruendosa. En cuanto al otro, un muchacho alto, delgado, cuyo cuerpo iba cubierto por un albornoz blanco, sólo cosechó silbidos.

Subieron al cuadrilátero.

Una vez en sus rincones respectivos, el locutor reclamó, una vez más, silencio.

Acallados los silbidos y alborotos, prosiguió:

—¡A mi derecha, Luigi Carelli, campeón de Europa, noventa y ocho kilos!

La ovación estalló, ruidosa y unánime.

—¡A la izquierda, Sam «el Marciano», ochenta kilos!

Más silbidos y gritos.

Pero las exclamaciones subieron de tono cuando Sam se quitó el albornoz, dejando ver un cuerpo que, quizá por su altura, parecía aún mucho más delgado de lo que era.

Comparado con el otro hacía el ridículo más espantoso.

Las risas y las bromas estallaron por doquier. Y alrededor de los dos jóvenes el tono jocoso y burlón fue el mismo.

—¡Debían haberle hecho engordar un poquito!

—¡Está en los huesos!

—¡Se lo va a llevar el viento!

—Espera que Luigi le de un buen directo y tendremos que irlo a buscar a Gustav Platz…

Y fue entonces, de repente, cuando el hombrecillo que estaba sentado delante de Hans se volvió, fulminando con la mirada a los que comentaban, en voz alta, su divertida actitud hacia el boxeador.

—¡Luigi caerá, para no levantarse más, en el primer «*round*»!! —gritó, con todas sus fuerzas.

Le miraron con lástima, como se mira a un pobre demente, a un desdichado que ha perdido la razón.

Pero consiguió lo que deseaba: silencio.

Y aprovechándose de ello, exclamó en tono enojado:

—¡Mucho gritar! Pero si hay alguien que quiera apostar contra Sam, puede hacerlo. ¡Admitiré cualquier proporción!

Estallaron algunas carcajadas.

Uno de los espectadores vociferó con todos sus pulmones:

—¡Está bien! Además de devolverme lo que me ha costado la entrada, me llevaré unos créditos a casa. Así mi mujer no pondrá tan mala cara…

CAPÍTULO II



L escándalo fue enorme. Tan intensa fue la reacción del público, que la voz se corrió, como un reguero de pólvora, llegando hasta el «*ring*».

Y el locutor, con una sonrisa de conmiseración, tuvo que intervenir de nuevo:

—¡Señoras y señores! Está visto que ésta es la noche de las sorpresas. Hay un caballero, cerca del cuadrilátero, que apuesta, doble contra sencillo, a que Luigi será puesto fuera de combate en el primer asalto… ¡Un momento, por favor! —exclamó, intentando apagar el rugido de la masa, cosa que no consiguió, sino después de cerca de cinco minutos de ruegos—. De modo a facilitar las apuestas, rogamos a los que quieran hacerlas que se limiten a entregar a los empleados sus tarjetas con la cifra que desean apostar y su firma.

»Pero rogamos que lo hagan lo más rápidamente posible. Los

empleados entregarán a ese señor todas las tarjetas cuando acabe el primer “*round*”. Y si ese caballero ha perdido, realizará los pagos una vez acabado el combate ¡Apresúrense, señores, por favor!

Hilma, bajando la voz, acercándose al oído de Hans, le dijo:

—¡Pero ese hombre está loco, querido!

—No lo sé. No soy un aficionado al boxeo, pero he oído hablar mucho de las trampas que se hacen en él.

—¿Crees que Luigi se prestará a una comedia como ésta?

—Me extraña mucho, porque si pierde no sólo significará que deja de ser campeón de Europa, sino que quedará en ridículo y no podrá subir nunca más a ningún «*ring*».

—¿Por qué?

—¡Imagínate! Haber sido vencido por un desconocido con ese aspecto…

Miraron al boxeador.

Ella comentó nuevamente:

—Parece desnutrido, como si le costase mantenerse en pie.

—Quizá pegue bien, pero no es, de todos modos, un adversario de la envergadura de los que Luigi está acostumbrado a dejar fuera de combate.

El rumor provocado por las apuestas duró todavía bastante rato, mucho más de los cinco minutos que había solicitado el locutor, ya que todo el mundo, movido por la estupenda ocasión que se presentaba, no quería desperdiciarla.

Finalmente, los empleados desaparecieron, con las tarjetas firmadas y la luz se concentró en el cuadrilátero, donde el combate iba a empezar.

El árbitro estaba ya preparado, con su mirada fija en el cronógrafo. Finalmente, abriendo los brazos gritó:

—¡Fuera segundos!

Y casi en el mismo momento, el «gong» se dejó oír.

Todo el mundo se había dado cuenta de que Luigi había seguido con una sonrisa de desprecio todo lo que se refería a las apuestas; pero, en el fondo, estaba colérico, deseando demostrar a los espectadores que habían hecho bien confiando en él.

Por eso arremetió, como una máquina de destruir, contra Sam, que se vio y se deseó para parar la lluvia ríe golpes que se le venía encima.

—Lo va a destrozar —dijo Hilma.

Y el hombrecillo que tenían delante, volviéndose, como si le hubiera picado una avispa, exclamó:

—¿Destrozar? ¿Qué sabe usted? Si tan segura está de su victoria, ¿por qué no apuesta en favor del italiano?

Intervino Hans, mirando fijamente al hombrecillo:

—¡Déjenos en paz! —Silbó, entre dientes—. Y cuando se dirija a una señorita, procure hacerlo con más educación o le quitaré las ganas de, fanfarronear.

El otro se volvió hacia el cuadrilátero sin decir nada.

Justamente en aquel momento Sam acababa de recibir un golpe tremendo que le tumbó en tierra, quedando el otro a su lado, esperando que se levantase para repetir el castigo.

El «Marciano» se levantó, trabajosamente, medio atontado aún, yéndose hacia las cuerdas para poder soportar allí el duro castigo que su adversario le estaba infringiendo. Desde la primera fila de sillones del «*ring*», las cámaras de los servicios televisores y las cinematográficas de los aficionados no dejaban de filmar las escenas de aquel emocionante encuentro, deseosos de guardar las imágenes de lo que iba a ser, sin duda alguna, una victoria fácil para el campeón Luigi.

El árbitro empezó a contar:

—Uno…, dos…, tres…, cuatro…, cinco…

Hilma musitó al oído de Hans:

—No se levantará más. No sé cómo ha podido resistir hasta ahora…

—Tienes razón. Creo que nos iremos dentro de poco.

—Siete…, ocho…

Sam se levantó trabajosamente.

Se veía que sería incapaz de resistir un solo golpe del otro, que, separándose un poco, se preparaba a quitárselo de delante para siempre.

Y fue entonces cuando ocurrió lo imprevisto.

Luigi avanzó, pero se detuvo, sin golpear, muy cerca, del otro, como si se dispusiese a comenzar un cuerpo a cuerpo. Hubo algo extraño en su actitud, que no escapó a nadie.

Tampoco a Sam.

El «Marciano» descargó un tremendo puñetazo en la barbilla de

su contrario, que cayó, primero de rodillas, y luego cuan largo era.

De nuevo contó el árbitro:

—… tres…, cuatro…, cinco…, seis…

Se podía mascar el silencio y el nerviosismo en todo, el graderío invitaba a ello. Brillaban ansiosamente las miradas y había muchísimos rostros que habían palidecido. Aunque la expresión general era más de estupor que de otra cosa.

—… siete…, ocho…, nueve…

Se acercaba el momento inexorable y la gente no daba aún crédito a lo que estaba viendo.

—… ¡y diez!

Ya no había duda.

Acercándose a Sam, el árbitro, tan extrañado como los demás, levantó el brazo derecho del que acababa de derrotar, fulminantemente, a uno de los púgiles más duros que el público había conocido.

Nadie aplaudió ni dijo nada. El silencio fue como la expresión de la incredulidad de todo. Pero la sonrisa del hombrecillo de las apuestas tenía algo de cínico, de demoníaco, que Hans, a su lado, no acertaba a comprender.

Súbitamente, encareció a su prometida:

—Espérame aquí, querida. Vuelvo en seguida…

Ella no dijo nada, dedicándose a contemplar el curioso espectáculo de los empleados que iban recogiendo en unos sacos de plástico…, que se llenaban rápidamente, el dinero perdido por los atónitos espectadores.

Mirando al hombrecillo, vio cómo éste se frotaba las manos, sonriendo, con una luz de triunfo en las pupilas.

Entretanto, Hans había salido a los pasillos presa de una inconcebible angustia. Porque, suponiendo que había habido «tongo», no llegaba a comprender cómo un hombre de una vida pugilística sin tacha, como Luigi, podía haber echado a perder su carrera tan estúpidamente.

¿Dinero?

Indudablemente que parte de lo que los empleados estaban recogiendo sería para Carelli; pero, de todas maneras, no había dinero para pagar la vergüenza y el oprobio que caerían sobre él.

Nunca más se atrevería a acercarse a un «*ring*».

Y la campaña que la prensa empezaría al día siguiente lo hundiría para siempre, haciendo que cientos de miles de seguidores, que habían visto en él al futuro campeón del mundo, le despreciasen, borrándole para siempre de su memoria.

No podía comprenderlo.

Bajó por la escalinata, dirigiéndose al pasillo que llevaba a los camerinos de los boxeadores. En el Circus, uno de los más modernos anfiteatros de Europa, los departamentos de los púgiles, verdaderas «*suites*», lujosas hasta lo indecible, estaban separados, los unos de los otros, de forma que los combatientes entrasen y saliesen por distinto sitio, sin relacionarse más que en el espacio delimitado por las cuerdas.

No tardó mucho en encontrar la puerta que conducía a los departamentos del vencido. Y abriéndose paso entre la masa de periodistas que deseaban entrar, gracias a su credencial de policía, en la que, sin embargo, para su propia seguridad, no constaba que perteneciese a la SIP, logró penetrar en el bien iluminado pasillo, yendo hacia el fondo, donde se abría la entrada a la habitación del boxeador.

Frunció el entrecejo al ver que el médico estaba reconociéndolo. Y, acercándose más, casi al borde del lecho, contempló con asombro la inmovilidad de Luigi, su quietud espantosa…

Fue entonces cuando el doctor, volviéndose hacia el «manager» del italiano, repuso:

—Está muerto. No hay duda alguna.

El hombre calvo que cuidaba de Luigi se puso pálido, de un color amarillento, como la mismísima cera.

Y con voz ahogada por el estremecimiento:

—¿Muerto? —exclamó con la incredulidad más sincera pintada en su rostro—. ¡Pero si es imposible, doctor! ¡Imposible! Luigi no ha recibido castigo alguno en la pelea de hoy…

—Lo sé, Thulman: estaba presenciando el combate.

—¿Entonces?

—Debe haber sido un colapso…

—¡No puede ser! ¡No puede ser! Usted mismo le ha reconocido, como al otro, antes del combate… ¿Notó algo, doctor?

—Nada, pero estas cosas pueden presentarse así, sin que nadie pueda esperarlas…

El hombrecillo se echó a llorar.

—¡Pobre Luigi! ¡Lo hubiera destrozado del primer golpe, si yo no le hubiese dicho, en honor del público, que alargara el combate!

Salió, sin que nadie se diese cuenta, plenamente convencido de que el muerto no había pensado nunca venderse por dinero ni por nada. Había sido un muchacho sano, un boxeador nato, incapaz de jugar sucio cuando sabía tener en los puños los argumentos necesarios para convencer a todos de su valor.

Regresó, pensativo, junto a Hilma, que no se había movido de su sitio. El hombrecillo sí que había pasado al cuadrilátero, tan triunfador como el púgil, y estaba siendo ahora preguntado por los periodistas y filmado por la televisión.

Los sacos de plástico, llenos de dinero, le rodeaban, y él no hacía más que sonreír, mostrando una dentadura averiada y amarillenta, lleno de placer por haberse convertido en el centro de la atención general.

—Ha debido ganar una fortuna —dijo ella.

—Sí.

—¿Dónde has ido?

—A ver a Luigi.

—¿Qué dice?

—Nada; no puede decir nada: ha muerto.

Hilma se llevó las manos a la boca, mirando con terror a Hans.

—Cálmate, querida, Ahora voy a pedirte un favor; es decir: dos.

Ella asintió con la cabeza.

—Vas a coger el coche y te irás a casa. Yo iré a verte dentro de una hora o algo menos.

—Pero ¿qué quieres hacer?

—Ya te lo contaré. Hay algo en todo esto que no llego a comprender.

—Pero ¿qué nos importa? ¿Qué te importa a ti?

—Te lo explicaré. Ahora, deja que me vaya…

—Como quieras. ¿Y cuál es el otro favor, Hans?

—Que no digas nada de la muerte de Luigi; al menos por el momento.

—Bien. No me harás esperar mucho, ¿verdad?

—No.

—¿Quieres, de veras, que coja el coche?

—Sí. Yo tomaré un taxi. Adiós, querida…

Se inclinó sobre ella, besándola rápidamente en los labios.

Abandonó las graderías y se ocultó en la parte superior, viendo a Hilma que salía, como casi todo el mundo, salvo los periodistas y curiosos, que seguían rodeando al hombrecillo.

Poco a poco, también éstos terminaron por cansarse. Y cuando el hombre quedó solo, junto al locutor y algunos empleados, éstos cogieron los sacos de plástico, precediendo a su poseedor, al que visiblemente querían ayudar a sacar aquella fortuna.

Rápidamente, saltando los escalones de cuatro en cuatro, Hans se precipitó hacia la salida, sabiendo cuál sería la que utilizaría el hombrecillo y consiguiendo, gracias a la velocidad de su carrera, llagar antes que él y sus acompañantes.

Un coche se había acercado a la puerta.

Estando despejado el espacio, no fue muy difícil para el joven conseguir un taxi, a cuyo conductor ordenó seguir al coche negro que, en aquellos instantes, se ponía en marcha.

Hans deseaba saber quién era aquel misterioso hombrecillo.

Todo el combate parecía haber gravitado a su alrededor, desde el momento en que formuló la más inconcebible apuesta que el joven hubiera conocido jamás. Y ahora, reflexionando, dióse cuenta de que aquel pájaro debería haber estado completamente seguro de ganar, ya que la pérdida hubiese significado una ruina total… Por mucho dinero que poseyese.

Tampoco podía calificarse lo que había hecho el hombre de una locura, ni siquiera de originalidad. Todo debió ser preparado. Y si tal cosa era cierta, Luigi había pagado un precio demasiado caro…, siendo víctima de algo que sólo tenía un nombre:

¡Asesinato!

El coche negro atravesó, a bastante velocidad, la parte central de Berlín, llena a aquellas horas, pues el combate había terminado muy temprano, de una multitud abigarrada que circulaba, plácidamente, por sus calles y plazas.

Una vez pasado el Arco de Bradenburgo, el nuevo, naturalmente, con sus ciento ochenta metros de altura, profusamente iluminado, el vehículo del hombrecillo hizo un viraje, penetrando en un parque nuevo, de reciente inauguración, que atravesó vertiginosamente, para detenerse luego, no muy lejos del tranquilo curso del Spee,

junto a una casa señorial que, gozando del parque vecino, no había necesidad de poseerlo en la finca.

—Pare aquí.

El chófer, que debía haber adivinado la identidad policíaca de su cliente, había circulado la mayor parte del tiempo, con luces de ciudad, evitando que el perseguido se diera cuenta de que era seguido.

—¿Tengo que esperar? —inquirió el taxista cuando Hans hubo bajado.

—Sí. Haga el favor.

—Bien, señor. No me moveré de aquí.

Alejándose del lugar donde había quedado el taxi.

Hans avanzó, cuidando de no mostrarse en la zona que iluminaban los faroles de la avenida. Pegándose al borde de los arbustos, consiguió llegar hasta las proximidades de la casa, contemplando con pena las puertas metálicas del garaje que acababan de cerrarse detrás del coche negro y su misterioso ocupante.

Echando una ojeada a la casa, calculó que no iba a ser extremadamente difícil penetrar en ella, ya que una galería, en el segundo piso, ofrecía un paso sencillo.

Lo difícil era llegar hasta allí.

Acercóse más y llegó a descubrir el cable del pararrayos que subía por uno de los ángulos de la casa. Utilizándolo, subió hasta la galería, dejándose caer en ella y comprobando, enseguida, que, como había pensado, una serie de puertas, todas ellas con un cerrojo sencillo, comunicaban las habitaciones con la terraza estrecha y alargada.

La totalidad de las habitaciones estaba a oscuras.

Eligiendo una de ellas, encontróse, poco después, en una especie de despacho, de reducidas dimensiones. Su pluma, en realidad una potente linterna, le guió tras el hilo luminoso, permitiéndole reconocer la estancia, que no tenía nada de particular, y salir después a un pasillo que conducía a una escalera de cuya parte baja subía una iluminación intensa.

Asomándose, vio en el salón de abajo, amplísimo y ricamente amueblado, a unos hombres que charlaban, teniendo en el centro, sobre una mesa de caoba de grandes dimensiones los sacos de

plástico que ahora, vacíos, yacían junto a los billetes que tres de ellos contaban.

Al reconocer a Sam, el Marciano, Hans no pudo evitar una sonrisa, ya que su presencia allí explicaba muchas cosas. También estaba su «manager», Otto Lunker, al que el agente conocía por haberle visto en los periódicos.

Y otro hombre, delgado, de unos cincuenta años de edad, al que no había visto jamás.

Y los tres que contaban.

Sam, Lunker y el desconocido estaban un poco separados del grupo, sentados ante una mesita donde había una botella y unas copas. Los tres hablaban en voz alta, mirando de vez en cuando a los que contaban incansablemente el dinero, ordenándolo y colocándolo en impresionantes montones.

Era el desconocido el que hablaba en aquel momento:

—Ya os dije que el asunto no podía fallar.

Sam rió:

—¡Pues tuve miedo, al principio! Ese Luigi pegaba como una mula…

—De todos modos —dijo Otto—, lo conseguido bien vale unos cuantos golpes. Además, Sam, no olvides que acabas de convertirte en el campeón de los pesos pesados de Europa.

—¡No puedo creérmelo!

—Pues es verdad. Ahora, después de un plan de desafíos que tengo en la cabeza, te llevaremos con un poco de suerte al campeonato del mundo.

—¿Te has vuelto loco, Otto? —inquirió el púgil.

—¿Por qué?

—¿Es que no sabes que Bill Negro no me dejará ni descansar un momento? ¡No será como con Luigi! Bill abandona el rincón y ¡zas!, me tumba para siempre.

El desconocido intervino:

—No temas. Ya has visto hoy que no podemos fallar. A Bill Negro le pasará como a todos…, —y volviéndose al «manager»—, acepto tu plan, Lunker: primero, tal y como has pensado, una serie de desafíos. Pete Tomber, René Lombart y Jahn Curtis. Son los mejores boxeadores del momento. Luego, cuando éste haya cogido confianza, nos presentaremos en el Madison Square Garden, frente

al Negro.

—Es lo mejor…

—Pero si falláis una vez —dijo Sam—, puedo considerarme muerto.

—No habrá fallos. No puede haberlos.

—¡Ojalá sea así!

La puerta del fondo acababa de abrirse y un coloso, una especie de gorila, penetró con sus largos brazos colgando al lado del cuerpo.

Se acercó al grupo que charlaba.

—¿Qué hay, Igor? —inquirió Otto.

—Un taxi junto a la avenida. Ha debido traer a alguien que ha seguido a Giles…

El hombrecillo de las apuestas dio un salto.

—¿A mí? ¿Seguirme? ¿Te has vuelto loco, Popoff?

—No. El taxi tiene todas las luces apagadas. Y el chófer no hace más que mirar a la casa.

Otto frunció el entrecejo.

—No habíamos pensado en esto… —dijo.

Y, después de una pausa, bajó la voz, hablando junto a los rostros de los otros, impidiendo que Hans oyese lo que decían.

Luego continuó en voz alta:

—¿Qué os parece? Registraremos la casa. Y tú, Popoff, ve al taxi y liquida al chófer. Sin ruido, ¿eh?

—De acuerdo.

La idea de que el pobre chófer pagase algo que no debía hizo que Hans se estremeciese de pies a cabeza.

¡Tenía que evitarlo!

Retrocedió, pasando de nuevo por el mismo camino que había tomado para entrar. Luego, una vez en la terraza, buscó el cable del pararrayos, afianzándose para lanzarse al vacío.

Se dejó caer sin soltar el cable.

Pero apenas había puesto los pies en el suelo, cuando una especie de maza cayó sobre su cabeza, sin que pudiese hacer nada para evitarlo.

Perdió instantáneamente el sentido.

CAPÍTULO III



L abrir los ojos dióse cuenta de que estaba en un sótano, amplio y artificialmente bien iluminado. Le habían dejado sobre una colchoneta y pudo ver, a su alrededor, toda clase de aparatos destinados a la gimnasia y al entrenamiento.

Puching, potro, saco, paralelas, cuerda, «haltéres»…

Le habían atado de pies y manos. La cabeza seguía doliéndole, aunque ya era mucho menor la sensación que lo que podía esperarse del golpe que le habían propinado.

La iluminación no entrañaba ningún peligro, ya que no había una sola ventana en aquel departamento que no poseyera una, moderna y capaz instalación de aire acondicionado.

Lo respiró con fruición.

Ahora, mientras las ideas volvían a su mente, se tachaba de estúpido al haber reaccionado como aquellos tipos lo habían deseado: corriendo locamente, sin cuidado, para salvar la vida del

chófer que, posiblemente hubiera conseguido escapar.

¿O había muerto?

Hans pensó que unos hombres como aquéllos, sabiendo que alguien conocía sus siniestros planes, no podían permitirse el lujo de dejar un eslabón suelto en la cadena. Y el desdichado conductor de taxi, de haberlo dejado con vida, hubiera corrido a prevenir a la policía, extrañado por la prolongada ausencia del hombre que había alquilado su vehículo.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la entrada de Otto, que iba seguido por el gorila que respondía al nombre de Igor Popoff.

No cabía la menor duda de que aquel monstruo debía haber sido un boxeador en otros tiempos. Pero bastaba mirarle para darse cuenta de que estaba medio acabado por los golpes, reducido a una idiotez que hacía de su vida una especie de existencia animal y limitada.

Tenía los ojos pequeños e inyectados en sangre.

Y su mirada, estúpida y vacía, no dejaba, no obstante, de lucir con un brillo de maldad que ni siquiera sabía ser cruel.

«Un animal peligroso» —pensó Hans.

Los dos hombres se acercaron, pero Igor se detuvo un poco antes que Otto. Éste continuó andando hasta llegar junto a la colchoneta en la que el agente yacía.

Y sin rodeos:

—¿Quién eres? —inquirió.

Y como Luverhef no contestase:

—Hemos encontrado una placa de policía; pero —sonrió—, unas pequeñas comprobaciones nos han hecho saber que no eres verdaderamente lo que se dice un policía.

Silencio de Hans…

—No importa que hables. Ya nos imaginamos que perteneces a la SIP, de otra manera no comprenderíamos la facilidad con que se te ha entregado una falsa documentación de policía. También sabemos que oíste nuestra conversación y tampoco ignoramos que no has podido comunicar a nadie lo que has descubierto.

Fue entonces cuando Hans no pudo contener su ansiedad.

Y mirando fijamente a Otto:

—¿Qué ha ocurrido con el chófer del taxi?

—Muerto. Igor le cortó el cuello. El vehículo ha sido desmontado y nadie sabrá decir dónde fue.

—¡Canallas!

—Déjate de grandes palabras Tú también deberías acabar como el chófer. Pero queremos algo mejor, ya que no deseamos que la SIP se lance a fondo, como suele hacerlo cuando uno de sus agentes desaparece. Tú no desaparecerás…

—¿Tenéis miedo?

—No…

Se volvió, señalando al ruso.

—¿Ves a Popoff? Era un campeón: un tipo que sabía encajar como nadie. Pero quince años de recibir golpes son muchos años. Los puños, aunque protegidos por los guantes, crean lesiones internas, singularmente en la cabeza. ¿Has visto alguna vez el cerebro de un boxeador?

—No.

—Es curioso: está cubierto de manchones azulados y negruzcos. Son los resultados de los golpes. Se rompieron venas y arterias y la sangre, al salir, destruyó, corrompió el tejido noble… ¿Resultados? ¡No tienes más que mirar a éste! Está medio ciego, apenas habla, y sólo de vez en cuando, además del «da»[1], que suelta a troche y moche, suele tener alguna idea, como, por fortuna, la de anoche, al descubrir el taxi…

Hubo una pausa.

Después:

—Todo lo que acabo de decirte podría contribuir a hacerte una idea de lo que va a ser tu suerte.

—Hagas lo que hagas —repuso Hans— no escaparás a la Spacial International Police.

—¡Bobadas! Hay muchas maneras de disfrazar ciertas apariencias. Y puedo asegurarte que cuando los tuyos te descubran, no comprenderán nada…, ya que te encontrarán vivo.

—¡Les diré cuanto sé aunque me hayas arrancado la lengua!

—No hará falta: no dirás nada.

Y volviéndose al ruso:

—¡Igor!

El otro se acercó, pesado, como un plantígrado.

—¿Da?

—Cuélgalo de allá, por los pies.

—Da.

Hans se sintió elevado por las manazas del gigante, como si se tratase de una paja. Luego le llevó Popoff hasta uno de los extremos de la sala, colgándole por los pies de un gancho que pendía de una cuerda atada a una barra, en el techo.

—Lunker se acercó a él.

—Buena posición, ¿eh? Hacía tiempo que Popoff no se entrenaba. ¿Eh, Igor?

—Da.

—Ponte los guantes.

—Da.

Viéndolo al revés, en su difícil e incómoda posición, Hans contempló aquellas enormes manos, que parecían aún más grandes calzadas con los guantes de boxeo.

El gorila se acercó.

—Ya sabes —le explicó Otto— que debes golpear en la cabeza, sobre todo. Pero no demasiado fuerte Dale algunos golpes en la nuca, de vez en cuando, pero un poco más alto.

La entrada del desconocido, que Hans había visto por vez primera la noche anterior, hizo que Otto se volviese.

El otro venía cargado con ampollas enormes.

—¿Cómo va eso? —inquirió, al llegar junto a los otros dos.

—Ya está preparado. Yo me voy…

—Sí. Ya sé que tienes que hacer. Yo me quedaré aquí y le iré inyectando suero a medida que se agote.

—Ten cuidado de que Igor no pegue demasiado fuerte.

—No temas. Le vigilaré.

—Entonces os dejo. Hasta luego, Swatz.

—Hasta luego.

¿Así que aquel tipo se llamaba Swatz?

—¡Empieza, Igor!

—Da —repuso el gigante.

Acercóse a Hans y empezó golpeándole la cabeza y el rostro, con ese concienzudo ritmo de los púgiles al «hacer saco».

Uno tras otro, sin parar, los puños fueron martilleando el cráneo del agente, cuyo cuerpo giraba, a uno y otro lado, balanceándose constantemente. Una sensación de mareo intenso se apoderó de él,

lanzándole a un mundo de vértigo, como si lo hubieran colocado en el centro de un tifón.

Le zumbaban los oídos y cuando empezó a dejar de sentir el martilleo de los golpes, unas náuseas incontenibles se apoderaron de él, teniendo que ponerse a vomitar, sintiéndose enfermo como nunca lo había estado.

El dolor de cabeza se instaló en él mucho después: un dolor que empezó suavemente, como si le apretasen las sienes en un torno, haciéndose después intolerable.

Constelaciones luminosas, de los más variados colores, pasaban ante él, o al menos así lo creía. Eran los «fotomas»[2] provocados por los golpes del ruso.

Hasta que se hundió lentamente en un abismo de inconsciencia que le salvó de volverse loco.

Luego fue la negrura, el olvido…, la nada.

* * *

El coche se detuvo ante el edificio de la Weserfall Fabrik y descendiendo del vehículo, Lukas Sfaiss lanzó una ojeada a la casa antes de pasar al interior, penetrando en un *hall* limpio, con una casilla transparente en uno de los ángulos, sobre la que estaba escrita la palabra INFORMACIÓN.

Hacia allá se dirigió.

—Buenos días —dijo, sonriendo a la empleada—. Deseaba ver a una señorita llamada Hilma Lorents.

—Es la secretaria general, señor. Pero no creo que pueda usted verla ahora.

—¿Por qué?

—Está muy ocupada.

Lukas sonrió.

Luego:

—Llame al director y diga que la SIP desea hablar con esa señorita… cuanto antes.

La muchacha le miró con no fingida admiración.

—¡Ahora mismo, señor!

Llamó, charlando breves instantes con su comunicante, cuya recia voz salía del auricular, llegando mitigada e ininteligible a los

oídos de Sfaiss.

Luego, la joven:

—Haga el favor de pasar a aquella salita, señor. La señorita Lorents bajará enseguida. El director me ha dicho que si necesitaba usted hablar con él.

—Dígale que no, pero que se lo agradezco. Y, para tranquilizarle, puede agregar que el asunto no concierne en nada a la Firma.

—Muchísimas gracias.

—¿Es aquella puerta la de la salita?

—Sí, señor; aquélla.

Lukas atravesó el «*hall*», penetrando después en la coquetona salita, dejándose caer en uno de los sillones.

Encendió un cigarrillo.

Y ahora que no tenía que sonreír ante nadie, su rostro cobró una expresión de dolor, de rabia y de decisión al mismo tiempo. No le gustaba nada la misión que él mismo se había encomendado; pero, antes de que Callowan llegase, aquella misma noche, deseaba poder ofrecer a su jefe un informe lo más completo posible de lo ocurrido.

Se abrió la puerta y Sfaiss se apresuró a levantarse, volviendo a esforzarse para que la sonrisa luciese de nuevo en sus labios.

—¿Señorita Lorents? —inquirió.

—Sí, soy yo —repuso ella, tras una larga pausa.

—Siéntese, por favor. ¿Puedo cerrar la puerta?

Ella asintió con un breve gesto de cabeza.

Habiendo cerrado, Lukas volvió a sentarse, manteniéndose un tanto erecto, mirando con interés y atención a la joven.

Hilma era una muchacha bien formada, alta, esbelta, con una abundante cabellera negra y ojos del mismo color. Iba vestida con elegancia, pero sin exageración, lo que no quitaba ni un ápice a la gracia femenina de su silueta.

—¿Conocía usted a Hans Luverhein?

Ella palideció.

—¿Le ha ocurrido… algo? —balbució.

—Está bien —se apresuró a decir el hombre—. Completamente bien. No se preocupe y procuro contestar a todas mis preguntas.

Y como ella no dijese nada:

—Hace cuatro días —dijo Sfaiss—. Hans salió de mi despacho,

con dos semanas de vacaciones. Le envié a su casa dos entradas para el Circus, esperando que invitase a usted a pasar parte de la noche allí…

—Es cierto; pero ¿cómo sabe usted eso? ¿Cómo me ha encontrado?

Lukas sonrió.

—Escuche, señorita: ha llegado el momento de hablar claro y ya no hay obstáculo para que usted sepa cuál era la verdadera profesión de Hans.

—Creo imaginármelo: ¿no está en la policía?

—Sí, en cierto modo: Hans pertenece a la Spacial International Police.

—Me lo temía.

—Bien. Y ahora que usted conoce la verdad sobre Hans, desearía que me contase, con el mayor detalle posible, todo lo que hicieron ustedes aquella anoche.

Hilma no se hizo rogar y expuso, como el otro deseaba, cuanto aconteció desde que Hans fue a buscarla, a la salida del trabajo.

Sfaiss la escuchó atentamente.

Luego:

—Y cuando Hans se despidió de usted, después de visitar a Luigi, ya muerto, ¿no le dijo dónde iba?

—No.

—¿Qué ocurría en el cuadrilátero cuando usted salió?

—Estaban entregando el dinero al hombrecillo de las apuestas y también le hacían preguntas y fotografías los periodista, y los de la televisión.

—¿No vio usted a Hans fuera del recinto?

—No.

Lukas se puso en pie.

—Bien. Ahora, si me hace el favor, solicite autorización de su director para decirle que viene conmigo.

—¿Podré verle?

—¿A Hans?

—Sí.

—Por eso mismo Quiero llevarla conmigo. Es un deber del que no puedo eludirme…

«Desdichadamente» —concluyó para sí mismo.

Momentos después salían del edificio, subiendo al coche de Lukas, que se dirigió hacia la parte este de la ciudad, deteniéndose ante una casa, de dos pisos, completamente blanca, con aspecto indudable de clínica.

Tomando del brazo a la joven, el jefe del sector Berlín la condujo a través de pasillos, salas y escaleras, ante una puerta, en la segunda planta, deteniéndose allí para mirarla fijamente.

—Antes de entrar —dijo— deseo advertirla que Hans no está perdido…, a pesar de su aspecto. Pero que, como por otra parte quiero hablarle con toda claridad, también tengo que decirle que tardará un poco en recuperarse por entero. Eso, al menos, es lo que afirma el doctor.

—Pero…, ¿qué le ha ocurrido?

—No lo sabemos aún; ésa es la verdad, señorita Hilma.

Y después de una pausa:

—¿Tiene el valor para abrir esta puerta?

Por toda respuesta, Hilma alargó el brazo, y con una mano que temblaba se apoderó del pomo, haciéndolo girar muy lentamente.

Luego entró, seguida por Sfaiss.

Había un doctor y una enfermera.

Y en el lecho, bajo una tienda de oxígeno, sacando la cabeza vendada del embozo de las sábanas, un hombre.

Hans Luverhein.

Hilma se acercó hasta tocar la tela de plástico con los dedos, como si desease poder atravesarla y acariciar aquellas vendas que le ocultaban el rostro amado.

—¿Qué tiene, doctor? —inquirió, con un hilo de voz.

El médico lanzó una mirada a Lukas; pero ella, a quien no le pasó desapercibido aquel gesto:

—¡Quiero saber la verdad! —suplicó—. ¡La verdad! ¡Por muy mala que sea!

—Dígasela, doctor.

El médico dejó de mirar a la joven, pareciendo que toda su atención se veía requerida por la tienda de plástico.

—Todavía no sabemos cómo ha podido suceder, señorita. Encontraron a este joven vagando por los alrededores de la ciudad…

—¿Cuándo?

—Anoche. Lo trajeron aquí. Y como todos los establecimientos sanitarios, así como los policíacos, estaban prevenidos, comuniqué al señor Sfaiss la llegada del paciente, cuya, descripción, a grandes rasgos, correspondía a la que habían comunicado.

—Pero…, ¿qué le ocurrió?

—Lo ignoramos. Debe haber sido golpeado o quizás haya caído por un abismo, aunque esta versión es menos verosímil que la otra.

—¿Golpeado? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Con qué?

El médico no pudo evitar una triste sonrisa ante el torrente de preguntas que brotaron de los labios de la muchacha.

Después:

—No puedo contestarle a todas esas preguntas…, y créame que lo siento. Pero los golpes fueron muy graves, sobre todo para la cabeza.

—¿Qué quiere usted decir?

El doctor volvió a mirar rápidamente a Lukas.

Y éste, percatándose de que el facultativo no se decidía a seguir, cogió a Hilma por los brazos, obligándola a volverse hacia él.

La miró; luego:

—Como ha dicho el doctor, los golpes de la cabeza han tenido muy malas consecuencias para Hans.

—¿Ha perdido la razón?

—No, no está loco. Es algo especial, como si se hubiera convertido, por el momento…, en un niño, en un pobre bebé de un año…

—¡Dios mío!

Ella había clavado las uñas en las manos de Sfaiss, pero éste no pareció haberse dado cuenta.

Y con voz segura, aunque baja:

—También ha perdido la vista: se ha quedado ciego.

Hilma lanzó un alarido y cayó, por fortuna, en brazos de Lukas.

Desvanecida.

CAPÍTULO IV


O puedo quedarme más tiempo —dijo Callowan—. Salgo para Marte dentro de media hora. Ya sabe usted, Sfaiss, que hay el asunto de aquel planeta y el rapto del hijo del gobernador. Aprovecharé el viaje para hacer ciertas investigaciones sobre ese Sam, el «Marciano».

—Bien, señor.

—¿Qué han dicho los informes postmortem de Luigi Carelli?

—Poco. Aproximadamente lo mismo que dijo el médico que firmó el certificado de su muerte, en el Circus: probable síncope cardíaco de origen desconocido.

—¿Y el informe sobre Hans?

—También bastante oscuro: golpeado con un objeto blando, probablemente los guantes de un boxeador, sufre muchas lesiones cerebrales, una de ellas la que le ha producido la ceguera psíquica[3]. Donald guardó unos instantes de silencio.

Luego, con un brillo acerado en sus ojos:

—Quiero que Hans sea enviado, en cuanto pueda ser posible, a la Clínica del Servicio, en Washington. Si es necesario, llamarán, desde allí, a los mejores médicos del mundo. Necesito que ese muchacho se cure.

Sfaiss preguntó:

—¿Cree que entonces podría informarnos?

La sonrisa que apareció en los labios del jefe de la SIP era helada, como si la rabia feroz que sentía se hubiese concentrado en aquel gesto.

—Eso es lo de menos, amigo Lukas. Deseo que se cure. En cuanto a los informes que pudiese darnos, me temo que, cuando pueda hacerlo, sea ya demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Porque los culpables habrán pagado con su vida lo que hicieron.

Sfaiss no pudo evitar un estremecimiento.

No hacía falta que Callowan le dijese nada: cuando la Spacial International Police deseaba castigar la muerte o la mutilación de uno de sus agentes, Donald lanzaba al asunto su equipo más potente, el que jamás entregaba a los culpables a la justicia, porque ésta era hecha por el equipo.

¡El Servicio de Ejecuciones!

Lukas tenía una vaga idea sobre los dos hombres que componían aquel terrible instrumento de justicia. Se hablaba de ellos, con muchísima frecuencia, entre los agentes de la SIP; pero también, con tanta frecuencia, en el medio de la delincuencia, donde el solo nombre del Servicio de Ejecuciones hacía temblar de pánico a más de uno.

—¿Ha hecho una copia de los informes totales, verdad? —Inquirió Callowan.

—Sí.

—Démelos.

Obedeció el otro. Donald echó una detenida ojeada a los papeles; después, devolviéndoselos al otro, le dijo:

—Póngalos en su sobre y envíelos, con toda urgencia, al apartado
202 020

de Cleveland, Ohio.

—¿Están allí?

Donald volvió a sonreír.

—Sí. Aman mucho la pesca y han convertido aquel lugar en su Cuartel General. Pero vendrán enseguida.

—¿Se pondrán en comunicación, conmigo?

—No lo creo. Salvo una necesidad imperiosa, prefieren trabajar por su cuenta. Pero puede confiar en ellos: no se darán el menor descanso hasta haber terminado el asunto.

—Me lo imagino.

Hubo una pausa.

Después, Callowan continuó:

—Por lo poco que sabemos, y todo ello gracias a la muchacha, podemos estar seguros de que todo surgió del hombrecillo de las apuestas Me jugaría cualquier cosa que Hans le siguió y cayó, al hacerlo, en una trampa.

—Pero no sabemos quién es ese hombre.

—No.

—En cuanto a Sam y al entrenador Otto Lunker, hemos hablado con ellos y, naturalmente, dicen no conocerle.

—¿Dónde viven?

—En un hotel del centro: el «Imperial». Otto me dijo que estaba preparando nuevos combates para su pupilo. Estaba entusiasmado por la victoria de éste.

—¿Qué dijo de la muerte de Luigi?

—Que lo lamentaba de veras. Protestó del examen que el médico le hizo antes del combate. Dijo que la muerte de un boxeador desconcierta siempre al que ha luchado con él, perjudicándole mucho.

—En eso tiene razón.

—Resumiendo: no noté nada anormal en ellos.

—Tendremos que buscar a ese hombre de las apuestas. Es muy posible que repita su hazaña en el próximo combate.

—Pero, aunque le echemos la mano encima, ¿qué pruebas podemos ofrecer a un tribunal?

—Ninguna —repuso Callowan—. Además, ya sabe usted, Sfaiss, que no quiero pruebas. Pero, de todos modos, sería conveniente proporcionar al Servicio de Ejecuciones todos los detalles posibles.

—¿Cómo podré hacerlo?

—Ya se lo dirán a usted.

—Entendido.

Callowan se puso en pie.

—Debo irme, amigo mío. Espero noticias, ya que usted sólo podrá comunicármelas. Espero, de todas las maneras, que el asunto esté resuelto cuando yo regrese a la Tierra.

—¿Qué tiempo piensa estar en Marte, señor?

—Alrededor de unas cinco semanas, poco más o menos…

—Envíe ese sobre hoy mismo, Sfaiss —dijo—, poniendo la mano sobre el hombro de su colaborador.

—Pierda cuidado. ¡Y buen viaje, señor Callowan!

—Gracias.

Momentos después, ya solo, Sfaiss preparó la documentación, saliendo, a su vez, para llevarla personalmente a la Compañía de Cohetes de Pasajeros Intercontinentales, donde entregó, a uno de los pilotos, antiguo agente de la SIP, el pliego que debía llegar, aquella misma tarde, a su destinatario.

Mientras recorría la ciudad, en sentido inverso, después de entregar el sobre, Lukas, mirando el tráfago de gentes que circulaban por las aceras, se dijo que ahí, en el inmenso Berlín, debía haber unos hombres, los responsables de lo ocurrido a Hans Luverhein, que podían empezar a inquietarse.

Porque cuando el sobre llegase a Cleveland, Ohio, USA, dos hombres iban a poner en marcha la máquina justiciera más implacable que jamás se había concebido.

* * *

Dos hombres.

Uno de ellos delgado, seco, con un rostro que parecía haber sido cortado con hachazos, acababa de echar el anzuelo, tirándolo, dejando que el hilo hiciese girar locamente el carrete.

Luego, plantando la caña, volvióse hacia el otro, que, sentado en el ribazo, sobre la hierba, leía unos papeles.

Acercándose, el hombre de la caña se dejó caer junto a su compañero. Y con una sonrisa le dijo:

—¿Quieres aprendértelo de memoria, Dink?

Doe sonrió, a su vez. Era un hombre alto, de anchísimos hombros, potente como una máquina perfecta, Tenía el rostro quemado por el sol, y sus cabellos, como sus ojos, eran negros. Su formidable estatura no mermaba, en nada, la estampa atlética que poseía[4].

—Ya me lo sé de memoria —repuso—. Pero me gusta recordar las cosas, sobre todo las que atañen a esa pobre muchacho.

—¿Hans?

—Sí. No se han puesto guantes, aunque suene a paradoja, para tratarlo. ¡Pobre chico!

El otro, moreno también, pero de color más endrino, frunció el entrecejo.

—¿Cuándo nos vamos? —inquirió.

—Pronto. Ésta misma tarde saldremos para «casa» (así llamaban, familiarmente, a la central de la SIP; en Washington). Quiero que me corten y me tiñan el pelo de rubio.

—¡Estarás irresistible!

—No digas bobadas. Pero ya hemos discutido bastante de todo esto. Y no creo que haya dudas en que tenemos, que meternos en el ambiente pugilístico para llegar a aclarar las cosas.

—¡Ya puedes prepararte a recibir golpes!

Siempre hablaba así el compañero de Doe. Portugués de origen, aunque había vivido mucho tiempo en Brasil, Carlo Daveira seguía siendo un misterio para Dink.

Su apariencia personal le hacía incluir, a simple vista, en esa categoría de hombre que reciben el apelativo general de «muy poquita cosa». Era delgado, menudo, no muy alto, un metro sesenta, pero la raza lusitana se manifestaba en él plenamente.

Todo nervio, de buen humor siempre, sin miedo, desconociendo incluso el significado de esta palabra. Bondadoso con los niños y con las mujeres, a las que admiraba «muy profundamente», Daveira era para sus enemigos un escalofrío constante.

Quizá fuese, con Iko Namura[5], el agente japonés, jefe del sector Tokio, el único miembro de la SIP que no llevaba armas de fuego. Pero así como el valiente japonés fiaba su triunfo en la lucha, merced a su profundo y completo conocimiento del «judo», que no tenía misterios para él, Carlo Daveira poseía otros argumentos.

Exactamente seis.

Tres a cada lado del cinturón que se había hecho hacer, ex profeso, en la ciudad de Córdoba (España).

Tres a cada lado, en sus fundas correspondientes.

Seis cuchillos.

No eran muy grandes, ya que todos ellos no llegaban al palmo de longitud. Pero para Daveira eran la seguridad completa, ya que los manejaba con una habilidad extraordinaria.

—Ya estoy preparado para recibirlos, Carlo; pero resistiré todo hasta que llegue el momento de saldar las cuentas con esos canallas —dijo, contestando a la exclamación de su amigo, Dink, que había guardado los papeles en el sobre:

Daveira sonrió.

—¡Buen momento ése, amigo mío!

Charlaron de otras cosas hasta que Carlo, que había mirado hacia el agua, vio que algo tiraba del hilo.

—¡Madre mía! —exclamó—. ¡Han picado!

—¡Ya era hora! —rió Doe.

Corrió Carlo, empezando a hacer girar el carrete.

Y momentos más tarde, un hermoso ejemplar asomaba sobre el agua, coleteando enérgicamente.

—¡Fíjate, Dink!

El otro se acercó.

—Has tenido mucha suerte.

—¿Quieres decir que has pescado algo tan hermoso como esto en todo el tiempo que llevamos aquí?

—Desde luego que no.

—¡Ah… creía…! —se exclamó Daveira, sonriendo, gozoso de su triunfo.

—Aunque no podremos comerlo, y es una lástima que ese pobre animal tenga que morir.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Esto.

Doe sacó su «Lüger» especial a una velocidad fantástica, haciendo un solo disparo, cuyo estampido ahogó casi por completo el silenciador que el cañón llevaba, acoplado.

Parecía imposible que Dink lograse cortar el casi invisible hilo de «nylon». Pero así fue. Y el pez, libre, cayó nuevamente al agua, con un chapoteo que cesó casi enseguida.

Carlo se volvió, colérico, hacia Doe.

—¿Por qué has hecho eso…? —inquirió.

—Hacía tiempo que no me entrenaba. Y ahora voy a empezar a necesitarlo.

Carlo tiró a su vez la caña.

—¡Maldita sea! Lo que ocurre es que estabas muerto de envidia al ver que había pescado algo más grande que lo que tú conseguiste. ¡Si pesaba, al menos, veinte libras!

—¡Un poco menos! ¡Un poco menos!

—¡Un poco más!

—Eres tan exagerado como embustero. Con los peces te ocurre como con las mujeres,…

—¿Qué quieres decir con eso…? —Se amosco el otro.

—La verdad. En cuanto ves una mujer te crees capaz de conquistarla en unos minutos. Y lo peor es que luego cuentas unas historias capaces de dejar dormido a cualquiera.

—¡Bah! ¡Ahí va el buen tipo! Te apuesto cualquier cosa a que yo consigo una conquista antes que tú, que no eres más que un tímido, te hayas atrevido a dirigirte a ella.

—¡Calla, «Don Juan»!

Daveira recogió la caña, sin dejar de gruñir. Luego, caminando junto a su amigo, se dirigieron hacia la casa, una linda construcción rural, que poseía todas las comodidades necesarias.

Pero antes de llegar a la casa, cuando estaban a una docena de metros, el portugués se detuvo.

Y volviéndose hacia Doe, dijo:

—¿Sabes que tienes razón, amigo?

—¿Qué mosca te ha picado?

—Ninguna. Pero antes dijiste que no nos habíamos entrenado desde hace tiempo. Y es verdad. La pesca nos ha distraído demasiado.

—¿Y a qué viene eso, añora?

—Que tengo ganas de probar cómo andan mis manos.

Doe sonrió.

—¡Adelante, entonces!

También sonrió Carlo.

Había dejado la caña y los demás aparejos en el suelo, y se plantó, con las piernas, separadas.

Luego:

—Voy a hacer la prueba del «desalojamiento»: la más difícil.

—Veamos…

Daveira se había desabrochado la canadiense qué llevaba. Luego, de repente, su mano derecha pasó al lado izquierdo, sacando el primer cuchillo, que brilló en el aire, antes de clavarse en la puerta de la casa.

—¡Uno! —anunció.

Salió el otro, ahora del lado derecho, lanzado por la izquierda. Y el primero cayó, ya que no podía haber sitio, en el mismo lugar, para los dos.

Siguieron silbando los cuchillos, como rayos de plata, uno tras otro, desalojando cada uno de ellos al anterior. Hasta que sólo quedó el último, vibrando.

—¿Qué te parece?

—Estupendo. Estás en forma y eso es lo importante. Ahora, muchacho, vamos hacer el equipaje. Luego a «casa».

—¿Y después?

—Berlín es nuestro objetivo…, por el momento.

* * *

Ludwing penetró en el hotel, yendo directamente a una habitación, que ocupaba allí con otro nombre. La habitación tenía una comunicación directa con la vecina, el número 777, la que, «por casualidad», ocupaban Otto Lunker y Sam, el «Marciano».

Ludwing era el desconocido que Hans había visto en aquella casa donde le tendieron una trampa. Era un hombre delgado, de una edad que no debía llegar a los cuarenta, con algunas canas en las sienes y un rostro inteligente y astuto.

Una vez en su habitación, el hombre se acercó a la puerta de comunicación, dando sobre ella tres golpes rápidos.

La abrieron, desde el otro lado, apareciendo Sam, el «Marciano».

—¡Hola! —saludó el boxeador, haciéndose a un lado.

Penetró Ludwing en la estancia, viendo que, además de Otto, que comía un plato de salchichas, junto a la cama, estaba Igor, macizo y ausente como de costumbre; con los ojos entornados y sentado en un rincón alejado de la estancia, junto a la ventana.

Lunker levantó la cabeza, gruñendo algo ininteligible, ya que tenía la boca llena. Y el recién llegado, cogiendo una silla, se sentó a caballo, al lado del gordo.

—La muchacha ha sido vista con un tipo de la SIP.

Otto tragó de golpe lo que masticaba. Y después de respirar profundamente dijo:

—¿La chica de ese tipo?

—Sí.

—¿Qué crees que sabe?

—Lo ignoro, aunque no puede ser mucho.

—¿Entonces?

—No es eso. Hans, según he sabido, sale para una clínica de Washington.

—¿Y qué?

—Que allí, con la ayuda de la chica, podrán hacer mucho para que recobre la memoria. Tienen aparatos especiales y no sé qué más cosas…

Hubo una pausa; luego Otto prosiguió:

—¿Qué te parece que hagamos?

—Impedir que vaya con Hans.

—¿Cómo?

—Llevándola a la casa del bosque.

—¿Raptarla?

—Sí.

—¿Y quién se quedará allí con ella? No olvides que dentro de una semana, después del combate con Tomber, tenemos que ir a París, donde ya han aceptado el reto que hemos hecho a Lombart.

—Igor puede quedarse con ella.

Otto sonrió.

—No está mal esa idea. Popoff es de confianza y ella no se atreverá a hacer nada, Además, si la encerramos en el gimnasio, no podrá salir de allí. El ruso puede instalar una cama y llevarle de comer y lo que necesite.

—De acuerdo. Pero ¿quién va a encargarse de llevar allí a la muchacha?

Reflexionaron unos instantes.

—¿No podríamos utilizar lo que tú sabes? —inquirió, mirándole al otro a los ojos.

Ludwing se frotó la barbilla con el dorso de la mano.

—Podríamos llamar la atención —dijo luego—; pero de todas maneras, creo que tienes razón. Ella sigue trabajando, aunque ahora le autorizan a salir a las cinco para que pueda ir a la clínica donde está su prometido. Yo, en un coche, podría actuar, cuando ella va hacia el autobús. Entonces, tú, en otro coche, con Popoff, podríais encargaros de ella.

—No habrá que golpearla en plena calle, ¿verdad?

—No. Apuntaré más arriba que de ordinario. Sufrirá una especie de mareo y vosotros, que la estaréis siguiendo, os apoderaréis de ella, alejando a los curiosos, como si deseaseis llevarla a un establecimiento sanitario.

—De acuerdo.

—Con esa chica en nuestro poder, tendremos siempre una carta buena en las manos. Y lo que es más importante: impediremos que los psicólogos de la SIP la utilicen para hacer que Hans recupere la memoria demasiado pronto.

Lunker se alarmó.

—¿Es que va a recuperarla alguna vez?

—No lo sé: pero no te preocupes… Cuando Hans se recupere, el negocio estará terminado y nos iremos donde tú sabes. Además, hay cien procedimientos para cambiar de personalidad y aspecto, de manera que nadie nos conozca nunca más.

—Eso me gusta. Porque no me agradaría que ese tipo perdiese el olvido que ahora nos garantiza una cierta tranquilidad. Yo, desde luego, lo hubiera matado.

—No seas loco. Un agente muerto y la SIP hubiera puesto en marcha lo que ellos llaman el «Servicio de Ejecuciones». ¡Y entonces sí que estaríamos listos!

Lunker preguntó:

—¿Y no lo utilizarán ahora?

—No lo creo. Después de todo, Hans Luverhein no ha muerto, y ellos saben que, tarde o temprano, terminará por recuperarse, aunque es muy probable que se quede ciego para siempre.

Hizo una pausa.

Luego continuó:

—Es improbable que lancen a sus especialistas a la lucha. Investigarán, de eso no hay duda alguna, pero se limitarán a

buscarnos…, y ya sabes que no hay probabilidad de que nos descubran, si tenemos cuidado de qué Giles Owerman no sea visto con nosotros. Y eso puede arreglarse.

—¿Cómo? ¿Es que Giles no va a repetir lo de las apuestas?

—No.

—Pero ¿por qué? Con ello ganamos mucho más que de otra manera…

—Eso estuvo bien para la primera vez… Repetirlo sería, sencillamente, un suicidio.

—¡Pero perderemos dinero!

—No. Desde ahora, amigo mío, pediremos a las Empresas una buena cifra si desean hacer que el público vea a Sam, el «Marciano», el hombre que no pelea más que un asalto.

—Me gusta ese «*slogan*».

—Será bastante para llenar hasta los topes cualquier local. Ocúpate de hacer propaganda, anunciando que tu pupilo se compromete a dejar fuera de combate a todos sus adversarios en un solo asalto. Es muy posible que las Empresas organicen otros combates antes, de modo a no servir tan poco a los espectadores. Dejarán nuestro combate para el final, y la gente, puedes creerlo, lo esperará con verdadera ansia.

—Es estupendo; pero…, ¿y Giles?

—Habrá que quitarlo de en medio. Sabe demasiado y es el único hombre que puede recordar a la muchacha y a Hans.

—¡Pero nos vio con él en la casa!

—Eso no importa: nosotros tres podremos, como te dije antes, cambiar de personalidad cuando convenga. No olvides que sabré, siempre a tiempo, el estado del agente de la SIP. En cuanto a Giles, es un viejo idiota que puede, en determinado momento hablar demasiado.

—¿Entonces?

—Popoff se encargará de él.

CAPÍTULO V



ORRÍAN, vestidos solo con un calzón, por el camino que bordeaba el bosque. Carlo no podía más y soplaba como un fuelle. Doe, por el contrario, llevaba un ritmo perfecto en su respiración, y sus piernas musculosas parecían propulsarle con una seguridad absoluta.

Nadie le hubiera reconocido, con los cabellos cortados casi al rape, ahora de color dorado. Y sus ojos azules, gracias a unas lentes diminutas que, pegadas a la córnea, habían cambiado el color de sus pupilas, Antes intensamente negras.

Una cicatriz le cruzaba ahora la mejilla derecha, prestándole el aspecto de un granuja que, seguro de su fuerza, hubiera pensado que el boxeo iba a darle popularidad y dinero.

No pudiendo más, Daveira se dejó caer al borde del camino, tendiéndose sobre la hierba, respirando como un fuelle. Al notar que su compañero se había detenido, Doe le imitó, trotando hasta el lugar donde Carlo se había tumbado.

—¡Vaya entrenador que me he buscado! —exclamó, sentándose a su lado.

Carlo no dijo nada; en realidad no podía hacerlo, y tuvo que esperar a que sus pulmones volvieran a funcionar con normalidad para romper el silencio que sólo su respiración fogosa entrecortaba.

—¡Vete al diablo! Lo que tú necesitas no es un entrenador, sino una locomotora a tu lado.

—¡No será tanto!

—¡Bah! Llevamos ocho kilómetros corriendo como liebres. ¿Crees que he nacido para eso?

—Peleo esta noche; no lo olvides.

—¿Y qué? ¿Es necesario recorrer el mundo; a toda velocidad, para repartir Unos cuantos puñetazos?

—¡Menudo «manager»! Claro que es necesario. Tengo que hacer piernas.

—¿Es que piensas correr esta noche como ahora? Si lo haces, seguro que el tipo no te seguirá…

Lanzó una carcajada.

—¿Conoces a tu enemigo, Doe? —preguntó, seriamente.

—No. Sólo sé lo que tú: que se llama Fressner, que es un peso pesado y que estuvo a punto de arrancar el título de las manos de Luigi Carelli, el año pasado.

—¿Y te parece poco? ¡No sé cómo te atreves a enfrentarte con un tipo como ése, tú que no has peleado nunca!

—En el «*ring*», no lo olvides.

—¿Qué tiene que ver que hayas peleado con muchos tipos en el curso de tu carrera policíaca? ¡No es lo mismo, Doe! Aquí no podrás golpear con la libertad que en los otros sitios. En el boxeo hay ciertas normas que nadie puede saltarse a la torera.

—Ya lo sé; pero, de todos modos, en el momento en que me vea en peligro, pienso utilizar aquel golpe que ensayamos anoche.

—¿Ése del cuello?

—Sí. No puede fallar. Fintas hacia un lado, haces que el tipo que tienes enfrente se mueva hacia ese lado y ¡zas!, le zumbas bajo la garganta…

—Es muy bueno, pero no vayas a creer que el tipo, como tú le llamas, se va a colocar en posición para que tú le arrees.

—Ya me las arreglaré.

Se habían puesto en pie y caminaban ahora hacia atrás, hacia la ciudad donde habían dejado su coche.

—La pelea de esta noche —dijo Daveira— es de prueba. En el fondo, lo que se desea es ver si eres capaz de hacer otros combates más importantes.

—¿No has leído la propaganda que le hacen al «Marciano»?

—Sí. «El hombre que no necesita más que un asalto».

—No está mal como «*slogan*». Creo que tendremos que hacer algo semejante.

—¿Has perdido la cabeza?

—¿Por qué? Esta noche veré si soy capaz de lograr lo que deseo. Si fracaso, abandonaremos este camino y tomaremos otro, completamente distinto, para llevar a cabo el trabajo que el «viejo» nos ha encomendado. Pero si triunfo…

—¿Qué tienes dentro de la cabezota, Dink?

—Una idea.

Carlo preguntó:

—¿Cuál?

—Ya la verás esta noche…, sí es que consigo ponerla en práctica.

Y después de una corta pausa:

—¿Habrá Prensa?

—¡Y Televisión! Ya me he encargado yo de hacer ruido. No te faltarán testigos de propaganda, amigo. Así, si sales mal, podrás guardar los recortes de los periódicos como recuerdo.

Llegaron junto al coche, vistiéndose, allí mismo, con unas combinaciones blancas —monos deportivos—, sobre cuyo dorso se leía:

CARL FULTON

CAMPEÓN

Poco después, tras atravesar parte de la ciudad, se detenían ante el hotel en el que se hospedaban.

Y cuando penetraron en la habitación, Doe se precipitó hacia la ducha, donde se le oyó cantar, en voz alta.

Sirviéndose un «*whisky*», Daveira empezó a «vestirse de persona», como él decía, colocando sobre el pantalón, el cinturón de

cuero cordobés con los seis «argumentos» puntiagudos, que acarició, sonriente.

Fue entonces cuando el timbre de la puerta se dejó oír.

Poniéndose la chaqueta, el portugués fue a abrir, encontrándose ante un botones que le entregó un sobre lacrado.

—Para usted, señor.

—Gracias, muchacho.

Le dio una propina, cerrando después la puerta. Luego se dirigió al bar, terminó de beberse el contenido del vaso, dejóse caer sobre un sillón vecino y saltó el lacre con uno de sus cuchillos, con el que desgarró el envoltorio.

Se oía cantar a Doe, en la ducha, y el portugués sonrió mientras desdoblaba el papel que, en esencia, decía lo siguiente:

> *«Desaparecido valor 222; seguramente bloqueado por altos intereses. Recuperado valor 308, sin valor definitivo. Inquietud segura en el cambio.*
>
> *L.*».

La canción había cesado en el cuarto de baño y Dink apareció, con una toalla enrollada a la cintura Bajo la piel, bronceada, los músculos moldeaban su torso.

—Hay noticias —dijo Carlo.

Y leyó el contenido del mensaje.

—¡Santo Cielo! —Exclamó Dink—. ¡«222» es la novia de Hans!

—Sí.

—Y «308» es el tipo de las apuestas, el que recordaba la muchacha y el que sospechábamos fue quien tendió la trampa a Luverhein.

—En efecto. Y aquí dice: «sin valor definitivo»…

—… lo que quiere decir que lo han matado.

—Eso es.

—Luego dice que hay «inquietud segura en el cambio».

Carlo dijo:

—Lo que dicho en palabras claras quiere decir que la banda no las tiene todas consigo y está «quemando los barcos».

—¡Pobre muchacha!

—Ya la encontraremos; por el momento, amigo mío, pensemos en tu combate de esta noche. ¿Te encuentras en forma?

—Sí.

—Bien. Descansa un poco…, yo voy a echar un trago.

—¡Granuja! ¡Cómo te aprovechare que no puedo beber ahora!

Carlo rió.

—Los campeones tienen que cuidarse. ¡No lo olvides, amiguito! Pensar que tendré que pasar tocia la noche curándote las heridas…

—¡Vaya ánimos que me das!

* * *

El vehículo —un lujoso coche negro, birreactor— se detuvo suavemente, sin que su poderoso motor hiciese el menor ruido, ante la puerta iluminada del «Kleine Teather», en plena Europa Strasse.

Había bastante gente agolpada ante las taquillas, pero los ocupantes del elegante vehículo negro, un hombre alto y una mujer maravillosamente bonita, primorosamente vestida, cubierta de lujosas y costosas pieles, entraron por una puerta lateral.

Era alta, esbelta, con cabellos rubios, pero con un tono blanquecino, de los llamados «platino».

Una vez en el interior, el dueño del local, un hombre bajo y regordete, completamente calvo, acudió, presuroso, hacia los recién llegados, inclinándose ceremoniosamente.

—¡Bienvenidos, amigos míos! ¿Cómo va eso, señor Falker?

El hombre alto sonrió.

—Bien, muy bien… He visto que había mucha gente.

Intervino la «rubia platinada»:

—¡Si al menos vemos algo interesante…!

—Es muy posible, señorita —repuso el hombrecillo—. Es curioso, pero es aquí, en mi local, donde se ven las mejores peleas.

Les condujo hasta un palco especial.

El «Kleine Teather» estaba completamente cerrado y era capaz de contener cinco mil espectadores. Profusamente iluminado, podía ser destinado a veladas de lucha o boxeo, pero tampoco dejaban de producirse allí espectáculos artísticos, revistas sobre todo.

Acomodados en su palco, el hombre ayudó a la mujer a quitarse

las pieles, ofreciendo ella a los espectadores, que se volvieron al unísono, la línea blanca de sus hombros desnudos y la escultural armonía de su cuerpo joven.

Herman Falker encendió un cigarrillo, después de hacerlo con el de ella.

Luego:

—Hace tiempo que quiero encontrar algo interesante.

—¿Y Sam?

—¡Bah! Esos tipos han tenido la suerte de montar algo distinto; pero no creo que dure mucho.

Ella le miró, con una sonrisa burlona en los labios.

—¿No estarás «quemado» por la negativa de Otto a que Sam formase parte del Sindicato?

—Ya te he dicho —replicó él, con cierta aspereza—, que Sam es algo efímero. Prefiero un valor que me lleve muy alto: alguien que pueda combatir de verdad…, sin truco.

Los ojos de ella adquirieron un brillo más intenso.

—¿Qué quieres decir? ¿Utilizan un truco?

—¡Desde luego, Ilina! Y no sabes —agregó, en voz baja— lo que me gustaría conocerlo. ¡Entonces sí que los tendría bien cogidos!

—Pero tú también utilizas trucos, querido.

—No es lo mismo. Para hacer caer a Luigi debieron utilizar algo muy extraño. Ya conocías al italiano: nada que hacer para montar un truco con él. Era uno de los pocos púgiles puros que quedaban.

Y después de una pausa, el hombre continuó:

—Eso es lo que está buscando nuestro Sindicato, Ilina, un boxeador capaz de renovar un poco nuestras arcas. Tenemos, es verdad, una buena docena de muchachos; pero en el fondo ninguno de ellos vale mucho. Frente a los Sindicatos de otros países, el nuestro es el más miserable. Y si no nos hubiésemos dedicado a otras cosas, hace tiempo que no habríamos visto ni un solo crédito.

Iba ella a contestar cuando la gente lanzó una exclamación de satisfacción, ya que los púgiles acababan de aparecer por las puertas de sus correspondientes vestuarios.

Subieron al cuadrilátero, llamados por el locutor.

—¡Presentamos esta noche, señoras y señores, un combate, a veinte asaltos, en la categoría de pesados, con la salvedad de una figura desconocida aún en Europa…!

»¡A mi derecha, Helman Fressner, aspirante al campeonato del mundo que, como recordarán ustedes, estuvo a punto de vencer al malogrado Luigi Carelli!

Estalló una gran ovación.

—… ¡y a mi izquierda…, Carl Fulton, americano, aspirante al título, que desea hoy sentar un buen precedente entre nosotros!

Los aplausos fueron escasos, pero nadie silbó.

Cuando los albornoces cayeron, pudo verse que, frente a la monstruosa y velluda anatomía de Fressner, que parecía un verdadero oso, su contrincante ofrecía una estampa de atleta, clásico, como sacado de las viejas ruinas de la Grecia clásica.

Ilina Womerosky no pudo impedir una exclamación de admiración:

—¡Oh! ¿Te das cuenta de su aspecto, Herman?

Éste sonrió.

—Es verdad, Ilina. Tiene clase ese muchacho. Como dicen los franceses, es un tipo «racé». ¡Lástima que Fressner va a destrozarlo!

—¿Tú crees?

—Seguro. Todos estos muchachos, demasiado «estéticos», suelen carecer de fondo necesario para resistir unos puños como los de su adversario.

—Me gustaría que te equivocases.

—¡Y a mí también! Fressner, a pesar de su bravura, está ya muy visto y el público no siente simpatía por los fracasados.

Fue entonces cuando, después de que el árbitro repartió sus consejos de costumbre y los combatientes volvieron a sus puestos, que su voz se dejó oír.

—¡Segundos, fuera!

Luego sonó el gong.

Doe era un poco más alto que el otro, pero quizá pesase un poco menos. Además, la escuela pugilística de su adversario era, no había más que verlo, superior a la suya.

Cambiaron unos cuantos golpes sin importancia, tanteándose; luego, de repente, Fressner lanzó su izquierda contra el rostro de su contrario, logrando hacerle sangrar por la boca.

Dink contestó, pero con menor eficacia. La esgrima del otro era rápida y al mismo tiempo, su guardia cerrada, dejaba poco sitio para el paso de los puños del agente de la SIP.

Doe se dio cuenta de que había confiado demasiado en el rápido e intensivo entrenamiento que había hecho. Notaba ya una cierta fatiga, puesto que el tren de aquel primer asalto era bastante intenso, lo que significaba que no iba a ser capaz de resistir muchos «*rounds*».

No tenía fondo.

Necesitaba combatir mucho más para poder enfrentarse con tipos tan duros como el que tenía ante él. Aunque, en el fondo, poco le importaba el boxeo y no dejaba de pensar que aquella manera era quizá la única de poder llegar a descubrir a los torturadores de Hans y vengar lo que le habían hecho, recuperando al mismo tiempo a su joven novia.

Junto al ángulo que le había correspondido, Daveira no se podía tener quieto. El nerviosismo le hacía morderse las uñas sin cesar, temiendo que de un momento a otro Doe fuera enviado definitivamente al tapiz.

Justamente, en aquel momento, Fressner consiguió abrir la guardia de Dink, propinándole una serie de golpes cortos que culminó con un gancho de izquierda que propulsó al agente, de espaldas, al suelo.

Daveira cerró los ojos.

También los cerró Dina, pensando que Herman tenía toda la razón en lo que había dicho: «era imposible que un hombre tan arrogante fuera un boxeador efectivo».

Sin embargo, Doe acababa de levantarse, cerrando su guardia, ante el ataque violento que, desde que se puso en pie, le lanzó el otro.

También pensaba Dink.

«Si no consigo aplicar el golpe que he ensayado —se decía— estoy definitivamente perdido. Tengo que ensayarlo, ahora, en este primer asalto, si quiero conseguir lo que me propongo…».

Recibió otra serie de golpes en los flancos, resistiéndolos merced a su formidable voluntad de hierro.

Y se dispuso, entonces, a jugarse el todo por el todo.

Tenía que abrir un poco la guardia, exponiéndose a los golpes certeros de Fressner; pero, habiéndose dado cuenta del ritmo de su adversario, esperó, pacientemente, que éste descargase, lanzándose entonces a lo que consideraba la mayor locura de toda su vida.

Su puño, derecho, el que debía propinar el famoso golpe, se disparó, sin malicia, hacia el rostro de Fressner, que movió su cabeza hacia el otro lado, con un gesto instintivo. Y entonces, la izquierda de Doe mantuvo con otro golpe, la cabeza en aquella posición, dejando el lado izquierdo del cuello a la disposición de la diestra, que salió disparada como una maza, inclinando su trayectoria ligeramente de arriba a abajo.

El guante tenía que alojarse, exactamente, debajo de la barbilla, en el espacio triangular del cuello. Doe sabía, que allí, bajo la piel, había centros sanguíneos y nerviosos de primera importancia.

Todo sucedió en una cortísima fracción de segundo. Y lo más difícil para el agente de la SIP fue, naturalmente, coordinar los golpes, cosa que consiguió hacer con una precisión magnífica.

Fressner se desplomó, como fulminado por un rayo.

Cuando el árbitro contó diez, la ovación fue sencillamente delirante. Y, en el palco, Herman, encendiendo un habano, exclamó:

—Hemos encontrado lo que deseábamos, Ilina.

Voy a hablar con ese muchacho.

CAPÍTULO VI



ARLO frotaba la espalda de Doe, tendido sobre el lecho, cuando alguien llamó a la puerta.

—Si son los chicos de la Prensa —dijo Dink— diles que esperen un poco.

—Bien.

Daveira fue a abrir, encontrándose frente a un hombre elegante, que le sonreía.

—Soy Herman Falker, el presidente del Sindicato alemán de Boxeo.

—Pase.

Daveira se hizo a un lado y el otro penetró, acercándose al boxeador, que se había sentado.

—¡Bravo, Fulton! —exclamó Falker—. ¡Ha sido una pelea estupenda!

—Gracias, señor.

Herman se sentó en uno de los taburetes y después de exhalar una densa columna de humo de su habano prosiguió:

—El Sindicato tiene el honor de comunicarte que te toma a sus cuidados. ¡Te haremos famoso, muchacho!

Doe frunció el entrecejo.

Luego:

—Lo lamento, señor Falker, pero pienso combatir por mi propia cuenta.

—¿De veras?

—Sí.

—No lograrás nada, muchacho.

—¿Usted cree?

—Seguro. Fuera del Sindicato no hay seguridad. Se ve que eres nuevo y que no conoces los peligros que pueden precipitarse sobre ti si te empeñas en trabajar solo.

—Pues es lo que pienso hacer.

Herman se puso en pie.

—¡Estupendo! —exclamó, sin que la expresión risueña de su rostro no hubiera cambiado lo más mínimo—. De todos modos, no olvides que te he prevenido…

—Muchas gracias.

Carlo le abrió la puerta y cuando la hubo cerrado de nuevo, volviéndose hacia su compañero:

—¿No crees que has obrado, un poco a la ligera? —inquirió.

—¿Por qué?

—Porque al negarte puedes aumentar aún más las complicaciones que tenemos…, y que no son pocas.

—No seas cabezota, Carlo, Si dejásemos que el Sindicato se ocupase de mis combates, tardaríamos años en conseguir acercarnos a Sam el «Marciano», que es nuestro primer objetivo. Este Herman me explotaría, haciéndome realizar una serie de combates para llenarse los bolsillos a mi costa. Y no olvides que yo no soy boxeador, como tampoco tú eres «manager». Estamos metidos en esta comedia para encontrar a los que tú sabes. Nada más.

—¿Y esas amenazas veladas que te ha soltado?

—¡Bah! Despecho solamente…

Volvieron a llamar a la puerta.

—Ahora sí que deben ser los periodistas.

—Hazlos pasar.

En efecto, se trataba de los muchachos de la Prensa, que invadieron la habitación en tromba, intentando asaltar al joven con mil preguntas distintas; pero Dink, reclamando un silencio que consiguió enseguida, dijo:

—Contestaré a todos, amigos míos, por orden. Pero antes quiero hacer una declaración que les ruego pongan en gruesos caracteres…

Y sonriendo al verlos, expectantes y con los lápices dispuestos, prosiguió:

—He aquí mi deseo, muchachos: todos han visto que he fulminado a mi adversario en el primer asalto, en eso tengo algo de común con Sam, el «Marciano». Pues bien: desafío al nuevo campeón de Europa, cuando quiera y como quiera, apostando todas las bolsas que consiga en un año, incluso si soy derrotado, o una cantidad, la que él proponga.

—¿Y de dónde vas a sacar el dinero? —inquirió uno de ellos.

Doe no se arredró por aquella pregunta, que ya esperaba.

—Tengo un tío en América —dijo que está dispuesto a prestarme la suma necesaria…

Carlo tuvo que hacer un esfuerzo para no reír.

«¡Un tío! —pensó—. Hasta ahora sólo había oído que le llamaban Viejo; pero, por lo visto, no se han acabado mis sorpresas…».

Y otro de los periodistas:

—¿Qué suma podrías lograr para conseguir un encuentro con Sam?

—Si es necesario —repuso Dink—, mi tío llegaría hasta un millón de créditos.

—¡Caramba!

—¡No está mal!

—¡Seguro que Sam acepta!

Doe sonrió.

—Eso es lo que deseo.

—¿Y tienes confianza en vencerle?

—Sí. Le trataré de la misma manera que lo he hecho esta noche con Fressner.

Daveira frunció el entrecejo.

«¡Este tipo se ha vuelto tarumba!» —se dijo, estremeciéndose

ante la audacia de su amigo.

Pero el reto estaba lanzado.

* * *

Herman tiró el periódico, que fue a agregarse al montón imponente que yacía, en el suelo, junto a su sillón.

—¡Ahora lo comprendo todo! —exclamó, llenándose un vaso de cerveza.

Ilina estaba recostada en una «chaise-longue», al otro extremo de la habitación. Tenía un cigarrillo en los labios y su larga cabellera caía sobre sus armónicos hombros desnudos.

—¿Qué es lo que comprendes? —inquirió:

—Que ese tipo se negase a que el Sindicato se ocupase de él. No debe pelear por dinero: ese tío suyo ha debido permitirle que boxee sólo por afición.

Ella entornó los ojos, viendo en su imaginación la estampa atractiva del joven.

—¡Llegará muy lejos ese chico, Herman!

—Sí, pero con nosotros. Ahora, justamente, que ha retado a Sam, no podemos dejarle escapar. ¿Te imaginas la bolsa que conseguiríamos en un combate como, ése?, ¡y sobre todo si ganase!

Ilina preguntó:

—¿Le crees capaz?

—Después de haberle visto pelear anoche, sí.

Y después de una corta pausa:

—¡Lástima que se haya mostrado tan estúpido! No tendré más remedio que «convencerle».

Ilina se puso en pie, con los ojos brillantes, como los de una pantera.

—¿No irás a dejárselo a los muchachos, eh?

La miró fijamente.

—¿Por qué no?

—¿Estás loco? ¡Lo estropearán!

Falker sonrió.

—No te preocupes, Ilina: ya he comprendido tu admiración por Fulton y estoy contento de que sea así, ya que eres maestra en el arte de domesticar hombres. Pero esta vez no sirve…

—¿Por qué?

—Porque ese tipo es un testarudo. Y ninguna de tus artes podría convencerle.

—Deberías dejarme probar.

—No. Hay que darle una pequeña lección: es necesario, pequeña Sólo conseguiremos que se de cuenta de que debe obedecerme.

—¡Tus brutos pueden destrozarle para siempre!

Herman exclamó:

—No seas exagerada, Ilina… Precisamente, todos mis «tratamientos» reposan sobre esa misma base. ¿Qué teme más un boxeador, sobre todo cuando empieza y se cree lleno de facultades? ¡Que lo estropeen! No poder pelear más cuando está camino de la gloria y el triunfo es algo insufrible para él. Y cuando descubre que su «amo» tiene el puño fuerte y que parece dispuesto a destrozarle, acepta cuanto sea. No olvides, pequeña, todo lo que he conseguido con ese procedimiento.

—¡Ten cuidado con él, Herman!

—No te lo estropearé… demasiado; no temas. Además, tengo que esperar a que venga Kimball, que no tardará en venir…

—¿Ha hecho algo ya?

—Informarse, sencillamente, de ese tipo y de su «manager», que nunca se separa de él… Voy a abrir. Debe ser él.

Había sonado el timbre y Herman abandonó su cómoda postura para dirigirse hacia la entrada, volviendo, poco después, en compañía de un tipo que no podía negar su categoría de boxeador.

—¿Qué hay, Kimball? —inquirió Falker en cuando el otro se hubo sentado.

—He estado en el hotel toda la mañana. Fulton no ha abandonado su habitación.

—¿Y el otro?

—Sí. Salió al bar para beberse un par de vasos de «*whisky*». ¡Menudo pájaro!

—¿Qué quieres decir?

—Que debe volverse loco por las faldas. Había unas muchachas en la barra y se empeñó en invitarlas. Yo aproveché para subir al piso y ver en qué habitación se alojaba el otro.

—¿Cuál es?

—La 777, en la séptima planta.

—Bien…, toma un trago.

Obedeció el boxeador y Herman encendió un nuevo habano, reflexionando. Y después de un largo silencio, dijo:

—Ya sé lo que haremos. Tú, Ilina, vas a encargarte de ese «manager». Te lo llevarás fuera del hotel… Puedes hacerte pasar por una periodista o por lo que quieras. Necesito que el otro esté solo un par de horas. Y tú, Kimball, reúne a los muchachos.

—¿Cuántos?

—Cuatro. Habrá bastante. Que lleven una maleta pequeña con los guantes y que se los pongan en el pasillo, antes de entrar. Pero ya sabes que no quiero golpes malos ni que tengan consecuencias malas…, aunque podéis meterle todo el miedo que queráis en el cuerpo.

Sonrió y tras echar la ceniza del habano en un cenicero, prosiguió:

—Yo apareceré al final, con el contrato. Estoy seguro que Fulton firmará lo que yo quiera. ¡Ponte guapa, Ilina! Hay que darse prisa. Quiero terminar este negocio esta misma tarde.

* * *

Daveira se dejó caer sobre un sillón.

—¡Ya está hecho, amigo!

—¿Has hablado con Sfaiss?

—Sí.

—¿Qué procedimiento ha utilizado?

—Uno muy original. Recuerda que le llamé por teléfono, sin decir nada claro. Me dijo que cogiese el primer taxi de la fila, en el cruce principal de Berlinner Strasse. Pues bien, lo hice y me llevé una gran sorpresa, ya que el taxista era el mismísimo Lukas.

Doe sonrió.

—¿Y qué? —inquirió luego.

—Me dijo que podías contar con el dinero y que tu «tío» de América te proporcionaría el necesario.

—Perfectamente.

—También me dijo que la policía había investigado en busca de la muchacha, pero que no se había descubierto nada. Por otra parte, se ha señalado junto en la fecha en que Hans cayó en la trampa, la

desaparición de un taxista y su coche. Lukas cree que Hans cogió el vehículo al salir del Circus y que ellos debieron temer que el chófer hablase.

—¿Muerto?

—Es lo más posible.

—¡No se detienen ante nada!

—Sí. Están dispuestos a vencer, sea como sea.

Doe cerró los puños.

—¡Es una rabia conocer a los responsables y no poder hacer nada contra ellos! ¡Si me permitiesen tenerlos conmigo nada más que media hora…!

Daveira movió la cabeza, de un lado para otro. Negando.

—Ya sabes que no podemos. La ley los protege hasta que no tengamos las pruebas necesarias para probar su culpabilidad. Entonces, amigo mío, ¡nadie nos parará! Por suerte, dentro de la SIP, somos los encargados de hacer «limpieza».

—Es cierto. Con nosotros no hay peligros de gastos por juicios y otras cosas de esa clase.

Fue en aquel momento cuando el teléfono sonó.

Y Doe, después de apoderarse del aparato y pedir lo que deseaban, lo pasó al otro.

—Es para ti, Carlo.

—¿Diga? —inquirió éste.

Una deliciosa voz sonó a sus oídos.

—¿Míster Daveira?

—Sí.

Carlo no había creído conveniente cambiar de nombre.

—Soy una periodista que tuvo la mala suerte de no poder asistir al combate de anoche. ¿No podría concederme unos minutos, señor?

Carlo sonrió.

—¡Naturalmente! No es que tenga muchísimo tiempo, señorita. Ya comprenderá usted: la resonante victoria de mi pupilo me hace ir un poco de cabeza.

—Entiendo. Pero le prometo, amigo mío, ser muy breve.

La musicalidad de la voz de su desconocida comunicante había hecho cosquillas en el sensible corazón del portugués. Que, con un entusiasmo nada fingido, le dijo:

—¡Bajo enseguida! ¿Dónde está usted?

—En el bar. Será fácil reconocerme, ya que llevo una cámara en bandolera… ¡Trastos del oficio!

—Perfectamente.

Colgó y volviéndose a Doe, le dijo:

—¡Vaya lata! ¡Periodistas y periodistas! ¡Ya podías echarme una mano, de vez en cuando! Te estás llevando una vida de pachá.

Dink, que había oído la voz del teléfono, se puso en pie.

—Está bien…, está bien…, Iré yo a hablar con «ése» periodista.

Carlo dio un salto, interponiéndose entre la puerta y su amigo.

—¡No! ¡No puedo consentirlo! ¡Te marearían! Recuerda el rato que nos hicieron pasar después del combate. No, Dink, tú debes descansar. Para recibir a esos latones estoy yo. ¡Qué le vamos a hacer si tengo que sacrificarme!

Doe dio una palmada formidable en la espalda del otro, haciendo casi que cayese de bruces.

—¡Hipócrita! ¡Granuja! ¿Crees que no he oído la voz de esa muchacha?

—Yo… —balbució el otro.

Dink dijo riendo:

—¡Anda, ve! Pero no te «líes». Recuerda que no podemos faltar mucho del hotel, ya que estoy seguro que el «manager» de Sam querrá ponerse, muy pronto, en contacto contigo.

—No temas. Volveré enseguida.

Se colocó la corbata, pasándose la mano por sus cabellos negros.

—¡Seguro que se trata de una vieja miope! ¡Como todas las intelectuales!

Dos le amenazó, sonriente:

—¡Lárgate de una vez o te rompo la cabeza!

Una vez fuera, Carlo se dirigió a uno de los ascensores, encontrándose, poco después, en la planta baja. Atravesó entonces el «*hall*», yendo hacia el bar.

Y la vio.

Tuvo que detenerse, respirar con fuerza, ya que se le había hecho un nudo en la garganta, antes de seguir avanzando.

¡Qué mujer!

Carlo las había visto de muchas clases: altas, bajas, delgadas, gorditas, rubias, morenas, pelirrojas, graciosas, sosas, interesantes,

desprovistas de seso, despampanantes, sensacionales, irresistibles, dulces, arrogantes, orgullosas, sensibles, ondulantes, angulosas…

Pero aquélla…

A medida que iba acercándose a ella, observándola con el mismo detalle que lo hubiera hecho un modisto, dispuesto a copiar el modelo que la joven llevaba, Daveira tuvo que confesarse que debía haber muy pocas de aquella categoría en el mundo conocido, incluyendo en él a los dos jóvenes planetas recientemente ocupados: Marte y Venus.

¡Impepinable!

Ella le sonreía —¡y qué sonrisa, señores!—: era como un escaparate de perlas en un estuche hecho con frutas maduras.

—¡Hola! —le saludó ella.

—¡Hola! —repuso él.

Se estrecharon la mano y Carlo sintió, al contacto con la piel de la joven, el mismo efecto que hubiese experimentado al meter los dos dedos de la mano en un enchufe de 220…

—Ha sido usted muy amable, señor Daveira.

—No tiene importancia.

Ella lanzó una mirada a su derredor; luego, continuó:

—¿No le parece que hay aquí demasiada gente para hablar?

Carlo se percató de que así era; aunque para él habría demasiada gente hasta que estuviesen solos, los dos.

—Tiene usted razón.

—¿Por qué no vamos a un sitio más tranquilo? Tengo mi coche ahí afuera y…

—¡De acuerdo!

Salieron juntos y Carlo se percató de las envidiosas miradas que los otros hombres le lanzaban.

«¡Qua revienten!» —pensó, sonriendo.

Ella parecía conocer la ciudad tan bien como su coche, ya que condujo con una habilidad extraordinaria, deteniéndose en las afueras, ante la fachada luminosa de un local «Moko», de moda, pero que a aquellas horas estaba aún casi completamente vacío.

Fueren directamente a uno de los más alejados «boxes», Y cuando el camarero se alejó, después de dejar los vasos y la botella sobre la mesa, Carlo dijo:

—Puede empezar a preguntar, *miss*…

—Sullivan —repuso ella—. Gloria Sullivan.

—Bien, *miss* Sullivan.

La joven preguntó:

—¿Por qué no me llama por mi nombre?

—Está bien, Gloria. —¿Cuál es el suyo?

—Carlo —repuso él, nervioso.

Ella había puesto su suave mano sobre la suya y la descarga eléctrica se repitió, ahora, sin duda alguna, con un voltaje superior a 500.

Daveira estaba que echaba chispas. En el buen sentido de la palabra.

El perfume de la joven le envolvía con la fuerza de un anestésico. Y Carlo, el terrible Daveira, segundo «coequipier» de Doe, formando los dos el célebre Servicio de Ejecuciones, notó que su voluntad se fundía como un helado, en copa, que algún despistado hubiera dejado olvidado al lado de un radiador.

Ella iba preguntando, pero parecía como si todas aquellas preguntas careciesen de importancia para la muchacha, cuya mirada estaba posada sobre la de Carlo, que jamás había visto unos ojos tan profundamente hermosos.

—Eres un hombre muy interesante, Carlo —le dijo ella.

¡Era el colmo!

El rostro de la muchacha estaba tan cerca del suyo que Carlo podía comprobar la limpieza y tersura de su piel, con ausencia completa de poros, su nariz respingona y la línea terriblemente atractiva de su boca.

Sin poderlo evitar, Daveira se sintió atraído por los labios y terminó, sin saber cómo, poniendo los suyos sobre ellos.

Y fue entonces, cuando el vorágine se apoderaba de él, que ese sexto sentido, que es la palanca de salvación de los agentes de la SIP, sonó en su interior, como una sirena de aviso.

Porque acababa de recordar que, al entrar en el bar del hotel, viniendo del vestíbulo, lo había hecho junto a otros hombres. Y que ella, la preciosidad que tenía al lado, no lo conocía personalmente, ya que ninguna foto suya había sido publicada y ella había dicho, al teléfono, que no había estado en el «Kleine Teather».

¡Aquello olía a chamusquina!

Por eso, separándose de ella, Carlo se puso en pie.

Y la muchacha, asombrada, le preguntó:

—¿Qué te ocurre…, querido?

Haciendo un esfuerzo, Daveira consiguió una mueca que no tenía que ver nada con la sonrisa que deseaba lograr.

—He olvidado el encendedor en el hotel, preciosa. ¡Vuelvo enseguida!

Y salió como una tromba.

CAPÍTULO VII



OE, cuando Carlo salió, juzgó que lo mejor era echarse y así lo hizo, encendiendo un cigarrillo, cosa que no se había permitido hacer en los últimos días y sobre todo delante de Daveira, que se había tomado muy en serio su papel de «manager».

Sobre todo en lo que se refería a las periodistas jóvenes y bonitas.

Dink sonrió; pero, casi inmediatamente, al pensar en otra muchacha, la novia de su compañero Hans Luverhein, que debía encontrarse en una situación difícil, la sonrisa desapareció de sus labios.

Por suerte, pensó, pronto caería el entrenador de Sam «el Marciano» en la trampa que le habían tendido: una trampa de un millón de créditos.

Pero, a pesar de las seguridades que aquella buena baza le procuraba, Doe, acostumbrado a la lucha con bandas criminales, no

dejaba de pensar en el «truco» que habían empleado contra Luigi, causándole la muerte.

¿Le ocurriría a él lo mismo?

No tenía miedo, pero si intranquilidad, ya que lo que deseaba era terminar con los que habían jugado tan duramente con aquel pobre muchacho, que, yacía ciego y sin ideas en una clínica de Washington, lejos de la mujer que amaba, sin saber que ésta había caído en poder de los que le hicieron tanto daño.

Llamaron a la puerta.

Doe se incorporó, yendo a abrir, seguro de que se trataba de otra visita de periodista, cosa a la que, con paciencia, estaba empezando a acostumbrarse. Por otra parte, le era necesaria la mayor publicidad posible, ya que el cebo tendido hacia Sara «el Marciano debía ser lo más potente posible, de modo a evitar que Otto Lunker se diese cuenta de la trampa que se preparaba.

»Aunque —se repitió Doe, abriendo ya la puerta— ellos deben poseer una seguridad en el procedimiento que utilizaron con el pobre Carelli…».

Un empujón formidable, que le hizo retroceder, al tiempo que permitía la entrada de cuatro colosos, todos ellos con las manos enguantadas como para un combate.

—¿Eh? —No pudo por menos de inquirir.

Él último que había entrado cerró la puerta y avanzó luego, para unirse a los otros.

Debía ser el que llevaba la voz cantante. Porque, sonriente, se adelantó.

—¿Qué tal, Fulton, después del triunfo de anoche? —inquirió.

—¿Quiénes sois y qué queréis?

Kimball se encogió de hombros.

—Para qué ocultártelo —dijo—: nos ha enviado el Sindicato a hacerte una visita de cumplido.

—Comprendo.

—Mejor es así.

Doe se mordió los labios.

—Si lo que queréis es que firme un contrato, podéis iros. Estáis perdiendo el tiempo.

Kimball sonrió. Y volviéndose a los otros, que permanecían tranquilos, pero no por eso menos amenazadores, exclamó:

—¿Le oís, chicos? ¡Es templado! Además ya le visteis anoche…, sabe pegar y aquel golpe…

Lo imitó, haciendo un poco de «sombra».

—Estuvo muy bien —agregó, deteniéndose delante del joven—. ¡Lástima que ahora no te sirva para nada! Porque ya sabes que no hay ningún boxeador en el mundo que pueda «frenar» a cuatro hombres dispuestos a darle una paliza…, que es lo que vamos a hacer enseguida.

Doe retrocedió, poniéndose en guardia.

Maldecía el tener la pistola en la otra habitación, debajo de la almohada. Además, pensándolo mejor, se dijo que si aquellos tipos veían el arma, empezarían a sospechar.

Tenía que batirse con los puños desnudos.

Y no se hacía ilusión alguna sobre su suerte, seguro de que aquellos cuatro terminarían por propinarle la «corrección» que les habían encomendado llevar a cabo.

Había hecho muy mal en no considerar más seriamente las veladas amenazas de Herman, la noche anterior.

Ahora iba a pagarlo bien caro.

Por otra parte, la ausencia de Carlo le aparecía ahora como «plenamente justificada», ya que Daveira debía haber caído en una dulce trampa, de manera a que los cuatro pudieran gozar de un tiempo suficiente para poder «entrenarse» con él…

¡Delicioso!

No esperaron mucho sus enemigos que, en postura completamente profesional, avanzaron, convergiendo hacia él, cogiéndole en una especie de media luna.

Y los golpes empezaron a caer como el granizo.

Por mucho que Doe hiciese, era imposible parar todos los puños que, con una precisión cada vez mayor, caían sobre él, batiéndole los flancos o estrellándose, con fuerza creciente, en el rostro y en la cabeza.

¡Paff! ¡Paff! ¡Paff!

Uno tras otro, sin descanso, vinieran de la derecha o de la izquierda, tejiendo una red de dolor alrededor de su cuerpo.

Acorralado en uno de los rincones de la habitación, hacia donde hábilmente le habían conducido los otros, Dink se sintió caer. Las piernas no le sostenían ya y en efecto, poco después, se desplomaba,

a lo largo de la pared, quedando inmóvil, como atontado, mirando a los otros con los ojos hinchados y la boca llena de sangre.

Kimball sonrió.

—Ha sido mucho más breve de lo que pensaba.

—Vamos a buscar algo para apagar la sed: el jefe no tardará en llegar.

Así ocurrió y fue Kimball quien fue a abrir la puerta, conduciendo a Herman ante el joven agente, que seguía respirando con dificultad, tendido en el suelo.

—¿No habréis exagerado? —inquirió Falker, frunciendo el entrecejo.

—No tema, jefe. En un par de días estará como nuevo.

—Bien.

Se inclinó sobre Doe.

—Ya has visto, muchacho, que necesitas nuestra ayuda nuestra protección para poder abrirte camino. Aquí traigo —agregó, sacando un pliego doblado del bolsillo de la chaqueta— un documento que te pondrá a cubierto de todo, proporcionándote toda clase ele beneficios y haciendo de ti uno de los mas famosos boxeadores del momento.

Doe intentó, a través de los párpados hinchados, ver algo; pero sólo alcanzó a ver la nebulosa imagen de Herman que, a su lado, parecía gigantesca, vista desde el suelo.

—¡No firmaré nada! —Gruñó, con todas sus fuerzas que aún le quedaban.

Falker no se movió.

Pero, volviéndose un poco, hacia los otros, que bebían en el lado opuesto de la estancia, exclamó:

—¡Eh, muchachos! Ponedle en pie y sacudidle un poco más: está todavía sin madurar…

La idea da recibir aún más golpes hizo que Doe se estremeciese. Después de todo, el Sindicato, al dar aquel paso, se había condenado, sin saberlo, ya que la furia incontenible de la SIP caería sobre él… sin piedad.

Pero pensando en la misión que le había sido, encomendada y presintiendo que Otto podría, de un momento a otro, hacer acto de presencia para convenir el combate entre los dos jóvenes, se dijo que no iba a ser bueno para él el tener que encajar más castigo del

que ya había recibido.

Y adivinando, más que viendo las pesadas siluetas de los otros, que se estaban calzando los guantes.

—Está bien —dijo, en voz baja—. Firmaré.

—¡Dejadlo, amigos! Carl se ha avenido a razones.

Tuvieron que sujetarle el brazo para que pudiese firmar. Luego Herman, poniéndose en pie, prosiguió:

—Echadle en la cama y avisad a un médico. No hace falta que le esperéis. Dentro de dos o tres días estará repuesto de la paliza. Yo me largo. Vosotros podéis disponer después.

—Bien, jefe —repuso, en nombre de los demás, Kimball.

* * *

Al escapar del local donde la muchacha, ahora sin ninguna duda, había intentado retenerle, Carlo maldijo la poca velocidad de los «taxis», ya que tuvo que coger uno cuando se dio cuenta de que la periodista, o lo que fuese, se había llevado las llaves de su coche, primera cosa en la que Daveira pensó al desasirse de sus pérfidos brazos.

Tuvo que prometer al chófer una propina colosal para que corriese a la mayor velocidad posible. Pero, aunque el conductor hizo correr al vehículo en un principio, al llegar a la ciudad se produjeron los inevitables paros que terminaron por deshacer del todo los nervios del agente de la SIP.

No quería, por el momento, aplicarse ninguno de los calificativos que tenía en la punta de la lengua y de los que «el más perfecto y acabado de los idiotas vivos» era uno de ellos. De buena gana, mientras contemplaba, rabiosamente, las calles que iban recorriendo, se hubiera dado de puñetazos.

Porque ahora, la seguridad de que le habían jugado una mala pasada era la evidencia misma.

Ya antes de llegar al hotel lanzó unos billetes por la ventanilla de comunicación sobre el asiento de chófer.

—Ahí tienes, muchacho —dijo—. Yo voy a tener que apearme en marcha.

Y así lo hizo, evitando perder más tiempo, ya que el vehículo hubiera tenido que ponerse en fila, detrás de otros que llegaban, en

aquel momento ante el edificio.

Saltando a tierra, Carlo corrió hacia la puerta, diciéndose, al llegar a ella, que no podía seguir haciendo el estúpido y llamar la atención. Así, mordiendo el freno, penetró en el «*hall*» con paso vivo, pero normal.

Iba a dirigirse hacia los ascensores cuando, de uno de ellos, que acababa de llegar a la planta baja, salió un grupo de hombres que hizo que Carlo retrocediese, volviéndose rápidamente de espalda para que no le viesen.

Aquellos tipos, con minúsculas maletas en sus manos, no podían disimular lo que eran o habían sido: boxeadores, ahora desgastados, pero una corpulencia de primera clase.

Un hombre delgado, viejo, con lentes, les acompañaba, También llevaba un maletín, pero las dimensiones mayores que los que los otros poseían.

Justamente se detuvieron a menos de media docena de metros de donde Daveira estaba. Y uno de los gorilas dijo:

—¿No quiere tomar un trago, doctor?

—No —repuso el hombrecillo de los lentes—. Muchas gracias de todas formas.

—Como usted quiera. Nosotros lo necesitamos. ¿Vamos, chicos?

Carlo dejó que el médico pasase delante de él, siguiéndole hacia la salida. Sin embargo, sentía unas ansias espantosas por correr hacia el ascensor y llegar a la 777 para ver lo que podía haberle pasado a Doe.

Una vez en la calle, Carlo cogió al médico por el brazo.

—Un momento, doctor.

El otro se volvió, sorprendido, mirando inquisitivamente al agente.

—¿Qué desea? ¿Cómo sabe que soy…?

—No perdamos el tiempo. Usted viene de la 777 y yo quiero saber por qué ha ido usted allí.

—¿Es usted policía?

—Sí.

No se podía perder ni un solo segundo y Carlo soltó el resto.

—Bien —dijo el hombrecillo, después de un corto silencio—. Me hubiera gustado no encontrarle, señor policía.

—¿Por qué?

—Porque esos señores me han rogado que no dijese nada. Y, en realidad, lo que ha ocurrido no tiene mayor importancia.

Carlo respiró, quitándose un peso de encima.

—Si así es, doctor, me alegro por todos, ya que tampoco daré yo parte —dijo con diplomacia.

—¿De veras?

—Tiene usted mi palabra de honor.

—¡Oh, gracias!

Daveira lo había clasificado rápidamente y ahora sabía que aquel tipo era uno de esos médicos que por unos cuantos billetes silencia cosas que, honradamente, debía comunicar a las autoridades: un granuja con título.

Ni más ni menos.

—Pero —dijo Carlo aún— debo estar seguro de lo que usted dice. ¿Qué ha pasado en realidad?

—Estaban reunidos unos amigos y hubo una pelea. Naturalmente, si la cosa se hubiera pasado entre hombres como usted y yo, las lesiones serían mínimas; pero esos púgiles pegan como mulas.

—¿Se han pegado… entre ellos?

—Sí y no.

—No comprendo.

—Verá usted. Uno de ellos, bastante joven, por lo que he visto, les había hecho unas escandalosas trampas en el juego. Entonces los otros, furiosos, al descubrirlo, han dado una paliza al culpable.

—¿Han pegado… fuerte?

—Bastante. Ese muchacho tiene para una semana. Por suerte, ninguno de los golpes dejará marca.

Le hormigueaban las manos al bueno de Daveira.

—Muchas gracias, doctor. Ya veo que no tiene importancia y que la comunicación que se me había hecho, desde el cuarto de al lado, dónde oyeron la pelea, es injustificada. Gracias por la información. ¡Encantado, doctor!

Se estrecharon la mano y el hombrecillo, visiblemente satisfecho, se alejó, perdiéndose entre el gentío.

Carlo se acercó a la puerta del hotel y cogió un nuevo «taxi», ordenando al conductor que no se moviese de allí, por el momento. Poco después, los cuatro gorilas abandonaban el edificio, imitando

al agente que, al ver que tomaban un «taxi», dijo al chófer del suyo que lo siguiese.

«Lo importante —pensaba, mientras los dos vehículos se dirigían hacia el sur de la ciudades que Doe no tenga ninguna lesión interna. Esos bestias han debido pegar fuerte, quizá para obligarle a algo. Y, tomándole por un boxeador profesional, han olvidado que podían hacerle un daño irreparable. Pero nunca más, ¡nunca más!, volverán a divertirse a costa de nadie…».

Sabía, por las conversaciones que había sostenido con el jefe del Sector, Berlín, que el Sindicato, al que indudablemente pertenecían aquellos tipos, no era más que una fachada que ocultaba una serie de actividades ilegales, desde el tráfico de drogas, la prostitución, el chantaje o el crimen, casi siempre realizado en el «*ring*» o fuera de él.

La policía alemana tenía muchísimas ganas de recoger pruebas sobre la muerte de varios boxeadores que habían sido encontrados muertos a puñetazos, en diversos sitios alejados de la ciudad. Era una especie de marca en el mundo de los guantes: una marca que dejaba cadáveres en su pos.

Ahora, cuando Daveira entrase en funciones, la policía alemana podría empezar a descansar. Porque, gracias a la SIP, iban a solucionarse no pocos asuntos que, por desgracia, no podían haberse resuelto de otro modo, sobre todo, por falta de pruebas.

El «taxi» que precedía al de Carlo se detuvo, finalmente, en una callejuela del sur de la ciudad: un lugar casi completamente oscuro, donde las siluetas de grandes edificios pardos, seguramente almacenes o fábricas, formaban un conjunto de desolación y silencio a aquellas horas de la noche.

Haciendo que su propio «taxi» se detuviera a cierta distancia, el agente de la SIP pagó, salvando después lo que le separaba del sitio donde se había detenido el otro, a pie, marchando junto a la fachada, protegido siempre por la sombra.

Cuando llegó a la puerta, el vehículo había desaparecido. Y justamente, en aquel instante, alguien encendió luz dentro de la casa, ya que se dibujaron, a la altura del suelo, dos rectángulos, los de dos ventanas enrejadas y con tela metálica.

La puerta estaba abierta.

Carlo desembocó en una especie de vestíbulo polvoriento, con

una escalera al fondo, que ascendía hacia los pisos superiores. Tampoco tardó en encontrar otra, a su derecha, que debía conducir al sitio donde habían entrado los boxeadores.

Escuchó atentamente unos instantes; luego, decidido, empezó a bajar.

* * *

Kimball y los otros penetraron en el viejo gimnasio, dirigiéndose hacia uno de los rincones donde se sentaron, alrededor de una mesa.

Antes de hacerlo, uno de ellos fue hacia uno de los armarios que cubrían la pared y sacó una botella, unos vasos y un mazo de naipes.

Se preparaban a pasar la noche jugando una partida.

Encendiéronse los cigarrillos y las cartas fueron barajeadas en silencio.

Luego Kimball, con una sonrisa cínica, dijo:

—Me estoy acordando de la paliza que le hemos dado a ese idiota.

Otro, llamado Lother, que estaba a su derecha, torció el gesto. Y Kimball, creyendo que era por el juego, murmuró:

—¿Te has dado malas cartas, amigo?

—No es eso —repuso el otro—. Lo que ocurre es que no me gusta tener que poner cuidado cuando pego.

Kimball preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Que las otras veces ha sido distinto.

—¡Pero no creerías que íbamos a terminar con un tipo como Fulton!, ¿verdad? Es un muchacho que va a darnos mucho dinero.

—Ya lo sé. Eso no quiere decir, sin embargo, que deje de fastidiarme el tener que saber dónde golpeo y con qué fuerza lo hago —sus ojos adquirieron un extraño brillo—. ¡Las otras veces era distinto! ¡Pegad, fuerte!, nos había dicho el jefe. Y vaya si pegábamos. Era como en nuestros mejores tiempos del «*ring*», o quizá mejor.

—Tienes razón. También me gusta a mí pegar sabiendo que voy a matar…

—¡Naturalmente! —terció otro—. Lother tiene toda la razón. ¡Da asco tener que contenerse cuando la sangre pide algo fuerte! Yo, mientras sacudía a ese tipo, pensaba en el rato estupendo que hubiésemos pasado si se hubiera tratado, como otras veces, de quitarle de en medio…

Lother había entornado los ojos y con voz repugnante prosiguió:

—¡Con lo bien que se pega en esas ocasiones! ¿Recordáis el último? Lo llevamos, en coche, hasta el final de Wanterstrasse. Y allí, acorralado por nosotros cuatro, le deshicimos a puñetazos…

Kimball asintió y mirando las cartas que le habían correspondido continuó:

—Alguna vez, tarde o temprano, le tocará el turno a éste. Siempre ocurre lo mismo. El jefe los mima mientras puede sacar algo de ellos; pero cuando pierden valor y empiezan a ponerse pesados, nos los entrega a nosotros y ya puede descansar tranquilo… ¡El día que tengamos que eliminar a Fulton lo pasaremos bien, os lo aseguro!

Fue en aquel momento cuando algo silbó en el aire, viniéndose a clavar en el centro de la mesa, con una vibración escalofriante.

¡Un cuchillo!

Pasados los primeros segundos de asombro, los cuatro hombres se levantaron, al unísono, volviéndose hacia la puerta por la que acababa de aparecer un hombre al que todos los allí reunidos reconocieron enseguida.

Era el «manager» de Fulton.

Fue Kimball quien rompió el silencio que se había hecho.

—¿Puede saberse —inquirió— a qué viene esta broma del cuchillo y cómo estás aquí?

—Os he seguido.

—¡Muy interesante! ¿Vienes del hotel?

—Sí. Sé lo que habéis hecho a mi amigo y, además, acabo de oír la conversación que teníais. ¡Sois unos asesinos!

—Sigue siendo interesante…, menos para ti. Porque si has oído lo que no debías, no saldrás de aquí con vida.

—Eso es lo que vamos a ver. Pero, antes de empezar, quiero que sepáis que soy todo menos un «manager».

—¿Quién eres?

—Daveira, del Servicio de Ejecuciones de la SIP.

Kimball dio un salto.

—¿Lo habéis oído, muchachos? ¡A él! ¡No tiene que salir de aquí, cueste lo que cueste!

Y se lanzaron contra Carlo como fieras.

Nunca supieron mucho más. Porque, como si brotasen de sus manos, los cuchillos, los famosos cuchillos de Daveira, salieron velozmente de la funda de cuero cordobés, iniciando una trayectoria matemática que terminó, para cada uno de los boxeadores metidos en su garganta.

Poco después, tras limpiar sus armas, Carlo abandonaba el viejo gimnasio. Dentro quedaban cuatro cadáveres.

El Servicio de Ejecuciones acababa de empezar su labor.

¡Limpieza general!

CAPÍTULO VIII



L penetrar aquella mañana en la habitación de Doe, Carlo contempló a su amigo, que dormía aún, con una sonrisa de satisfacción.

El rostro de Dink había recobrado su normalidad y ya no quedaban, en parte alguna, huellas de los golpes que cobardemente le habían propinado los enviados del Sindicato.

Iba a retirarse el portugués cuando el otro abrió los ojos, sentándose en el lecho y después de bostezar y estirarse glotonamente, saludó:

—¡Hola, Carlo!

—Buenos días, Doe. ¿Sabes que llevas durmiendo casi veinticuatro horas seguidas?

—¿Eh? ¡No es posible!

—La culpa es mía: te puse unas gotas de somnífero en el agua.

—¡Granuja! ¿Para qué querías que durmiese tanto?

—Escucha: cuando regresé te habían puesto en la cama y estabas agitado. Un médico vino a verte, pero yo llamé a otro que te examinó de arriba abajo. Fue él quien me ordenó que te diese aquellas gotas para que durmieras de un tirón. Y ya ves cómo te has recuperado del todo.

—¿Jugaron conmigo, eh?

—Sí. Y conmigo. Porque aquella periodista no tenía más misión que alejarme de allí.

Dink frunció el entrecejo.

—No tuve miedo, Carlo; pero lo pasé bastante mal, creí que iban a dejarme inútil. ¡Pegaban fuerte esos canallas!

La voz de Daveira parecía venir de muy lejos cuando dijo:

—Ya no pegarán a nadie más, amigo.

Dink le miró, con fijeza.

—¿Te has encargado de ellos?

—Sí.

—Pero…

Carlo le explicó, detalladamente, lo que había ocurrido, recalcando la conversación que había oído desde la puerta del viejo gimnasio.

—¿Así que eran unos asesinos? ¡Ahora comprendo aquellas miradas llenas de odio, mientras me pegaban!

—El «*ring*» debió trastornarlos, Doe. Esos viejos púgiles están medio locos por los golpes recibidos.

Y como están, al mismo tiempo, amargados de no haber llegado adonde pensaban, se convierten en verdaderas fieras.

—Lo comprendo.

Daveira encendió un cigarrillo.

Después dijo:

—Hay más noticias, amiguito.

—¿Sí? —se interesó el otro.

—Sí. Herman Falker estuvo aquí anoche.

—¿Ese canalla? ¡Fue él quien me mandó a los boxeadores y quien me hizo firmar un contrato!

—No te preocupes: ya le llegará su turno. Por ahora, y no sé cómo pude contenerme, me limité a charlar amistosamente con él. Se ha puesto en comunicación con Otto Lunker, el entrenador del «Marciano» y ya está fijada la fecha para vuestro combate.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana, en el Circus. Hay una expectación extraordinaria.

—¿Te dijo algo más ese granuja?

—¡Naturalmente! Deseaba que tu «tío» pusiese el millón de créditos como apuesta contra Sam.

—¿Y qué le dijiste?

—Que podía contar con ellos. Me he puesto en comunicación con Sfaiss y recibiremos esa cantidad hoy mismo. Harán una transferencia al Banco de Berlín, con orden de pago al portador.

—¿Se ha enterado Herman de la muerte de sus compinches?

—Sí. Y está muy intrigado. Pero culpa de ello a los enemigos del Sindicato.

—¿No sospecha de nosotros?

—En absoluto.

Hubo un silencio.

Saltando del lecho, Doe empezó a vestirse.

—Queda lo peor, Carlo.

—Ya lo sé. Y no creas que no estoy preocupado. Daría cualquier cosa por conocer el truco que utilizaron para vencer a Luigi…

No dijo más, pero ambos se dieron cuenta de que estaban pensando en lo mismo.

Luigi no fue solamente vencido…, sino que murió, después del combate, de un síncope cardiaco de origen desconocido.

Así habían dicho los médicos.

Dink, que había terminado de vestirse, se acercó a Carlo, poniendo la mano sobre el hombro de su amigo.

Y con una sonrisa, prosiguió:

—No hay que preocuparse tanto. Todo saldrá bien.

—¡Así sea! —sentenció el otro.

—Naturalmente. No es ésta la primera misión peligrosa que hemos hecho juntos. Y siempre hemos salido triunfantes.

—Es mejor pensar así. Ahora voy a, salir. He de preparar, con ese granuja, los detalles del combate. ¿Qué vas a hacer tú?

—Esperar. Nunca estuve más aburrido que ahora; no me viene bien el papel pasivo que represento. Tú, por lo menos, puedes moverte y actuar…

—Ya llegará tu momento.

* * *

Y llegó.

Aquella noche la gente se agolpaba ante las puertas del Circus, peleándose en las taquillas por encontrar sitios que habían sido vendidos días antes. Los revendedores hacían su agosto y el público penetraba, a raudales, empujándose los unos a los otros, ocupando los asientos y charlando con impaciencia.

Herman y Lunker se habían puesto de acuerdo para controlar las apuestas que se hiciesen. Y sus agentes, con talonarios y plumas, anotaban, ya desde el primer momento, las apuestas que los espectadores enfebrecidos hacían.

Nunca había habido un tal ambiente en el Circus.

Conociendo los deseos de los dos púgiles, a los que la prensa llamaba ya los «hombres de un solo asalto», la empresa sirvió a los espectadores dos combates preliminares, sin importancia. Nadie, en realidad, hizo demasiado caso de aquéllos, cursándose apuestas y subiendo el grado de emoción a medida que se acercaba el momento del verdadero combate.

En su cabina Carlo daba un último masaje a Doe, que sonreía viendo la expresión sombría de su compañero.

—Pones cara de entierro —le dijo.

—Estoy nervioso, eso es todo. Y no es que desconfíe que podrías tumbar a ese tipo del primer golpe, pero no puedo olvidar lo que le ocurrió al pobre italiano.

—¡No seas gafe, Carlo, por favor!

—Perdona.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí? —inquirió el portugués.

—¡Preparados! ¡Faltan cinco minutos para salir!

—De acuerdo.

Carlo repasó los guantes antes de colocarlos en las manos vendadas de su amigo.

—Espero que tengas mucha suerte, Doe. No me perdonaría que te ocurriese algo.

—Abriré bien los ojos.

—También vigilaré yo, desde abajo.

Una luz roja se encendió sobre la puerta.

—Ha llegado el momento —dijo Dink.

—Sí, vamos.

Atravesaron los pasillos subterráneos, desembocando después en el mundo cegador de la sala, iluminada con una profusión tremenda. Una ovación estalló, ruidosa, cuando los dos adversarios aparecieron al mismo tiempo, por las respectivas puertas de sus vestuarios.

Siguiendo a Doe, que llevaba un albornoz rojo, con su falso nombre en la espalda, Carlo llegó hasta el «*ring*», encaramándose junto al otro.

—¡Señoras y señores! —aulló el «*speaker*»—. ¡Esta noche nos complacemos en ofrecerles un espectáculo sensacional! ¡Nunca, hasta ahora, se habían presentado en este lugar dos hombres tan semejantes entre sí por sus procedimientos pugilísticos, pudiéndose decir, sin temor a error, que han revolucionado la técnica del boxeo de forma semejante!

»Hasta ahora la lucha en el "*ring*" se basaba en la fatiga, a lo largo de un número bastante grande de asaltos, de tal modo que en muchísimos casos era necesario calibrar a los adversarios por puntos, debido a su mutua resistencia al castigo recibido…

»Pero desde la aparición de éstos, dos hombres extraordinarios, todo ha cambiado y es formidable el que nos encontremos ante boxeadores de una calidad tan excepcional como para determinar una victoria en un solo asalto. He de hacer constar que, además de las cuantiosas apuestas que hay sobre el tapete y que todos ustedes han realizado, los púgiles, por su cuenta y por la de sus entrenadores y representantes, se juegan, en este combate, la respetable cantidad de un millón de créditos…

»¡Juzguen ustedes, por esa cifra, la importancia que para cada uno de ellos reviste este encuentro! ¡Veremos boxeo, señoras y señores! Un boxeo nuevo, implacable, como nunca ha sido visto…».

Siguió hablando, pero ni Carlo ni Doe le escuchaban.

Al otro extremo Sam «el Marciano» estaba al lado de sus segundos y cerca de él se hallaba Otto, sonriente y confiado.

Sólo una vez se encontraron las miradas de Otto y de Carlo. Y éste no pudo evitar un estremecimiento al ver el brillo de seguridad y de desprecio que se leía en aquellas pupilas.

«Están seguros del triunfo —pensó, con nerviosismo—. Temo

por Dink».

«Si le ocurre algo grave —siguió pensando—, acabo con todos ellos aquí mismo…, ¡lo juro!».

El árbitro subió al cuadrilátero, reuniendo a los púgiles en el centro. Luego de las recomendaciones de rigor, su voz se dejó oír en el sepulcral silencio que se había hecho:

—¡Segundos, fuera!

Y casi al Instante.

¡Gong!

El combate había empezado.

Saltando ágilmente de su taburete, que la mano de Carlo hizo desaparecer prestamente, Doe avanzó, confiado, hacia su enemigo, preguntándose cómo demonios se atrevía a saltar al «*ring*» un hombre tan desnutrido como aquél.

Desde luego, la delgadez del «Marciano» era un punto más a favor de la propaganda que su «manager» hacía, como si desease demostrar que aquel muchacho, aparentemente débil, poseía algo especial que iba a hacer de él, sin ninguna duda, el futuro campeón del mundo. Hasta parecía mentira que hiciese el peso reglamentario.

Acercándose a su enemigo, Doe notó enseguida que Sam poseía una cierta escuela, aunque no era, ni muchísimo menos, un enemigo digno de él. Cruzaron unos cuantos golpes, sin importancia. Y Doe maldijo el tener que esperar a que se produjese lo otro. De no ser así, hubiera acabado con su adversario en un abrir y cerrar de ojos.

Pero tenía que esperar.

Las cámaras dela TV y las de los reporteros cinematográficos filmaban aquel combate que todos sabían iba a terminarse de un momento a otro, ya que ambos púgiles habían prometido que no duraría más que un asalto.

Sin poder, dominar la furia que experimentaba al sentirse como un ratón que ha de esperar, a la fuerza, que el gato enseñe las uñas, Doe propinó algunos golpes cortos, lanzando después un directo de categoría que hizo que Sam cayese de rodillas.

Deseaba precipitar los acontecimientos y ahora ya le importaba poco lo que ocurriese. Lo importante era que el enemigo descubriese su juego sucio y así poder llegar a tener pruebas para

castigar a los culpables de lo ocurrido a Luigi Carelli y al agente de la Spacial International Police, Hans Luverhein.

Lo demás importaba poco.

Castigó de nuevo, con dureza, a su adversario, percatándose de que, en realidad, Sam «el Marciano» era un boxeador de pacotilla que no duraría en sus manos ni un solo instante, si pudiera lanzarse a fondo.

Y fue entonces, en aquel momento, cuando experimentó una sensación extraña, como una fatiga que brotando de su cuello, exactamente detrás, en la nuca, le paralizase.

Se le iban las fuerzas por momentos y sentía que sus brazos no le obedecían.

Sam comprendió que por fin había llegado su momento.

Adelantándose, rompió con una extraordinaria facilidad, la guardia de su enemigo, propinándole con comodidad un directo a la barbilla que lanzó a Dink hacia el tapiz, haciéndole girar durante la caída, de tal modo, que cayó de bruces, junto a las cuerdas.

¡¡Y entonces se explicó todo!!

Allí estaba la prueba que habían buscado afanosamente. Precisamente en aquel momento, cuando su flojedad era tanta que no podía ni hablar…

¡Con las ganas que tenía de llamar a Carlo, de mostrarle lo que había visto, de decirle que todo estaba explicado…!

Pero se sentía débil, incapaz del menor movimiento. Muy débil.

La voz del árbitro llegaba hasta él como si viniese de muy lejos.

—… siete…, ocho…

¿Iba a perderlo todo?

Porque eran capaces de aumentar su debilidad y terminar con él como habían hecho con Luigi.

—… nueve…

Todo había terminado.

No, porque en aquel momento el «gong» se dejó oír, terminando así el asalto que debía haber acabado con la derrota de Doe.

Carlo saltó al «*ring*», corriendo hacia Doe, al que cogió por las axilas, ayudándole a regresar al rincón. Y después de quitarle la esponja, le hizo beber agua con un comprimido que había puesto en el interior del vaso.

Dink lo bebió dócilmente.

—¿Qué me has dado, Carlo? —inquirió—. ¡Sabe a demonios!

—No hables fuerte: es cardiazol. ¿Cómo te sientes ahora?

—Muy débil; pero ya he descubierto…

—Yo también. No hables y espera unos instantes. Te recuperarás enseguida.

—¡Pero volverán a…!

—Silencio No temas, no ocurrirá nunca más; yo me ocuparé de ello.

Y después de una corta pausa, mientras frotaba los músculos de Doe, le dijo:

—Tú sal como si nada…, ¡atácale! La victoria es, en contra de todo lo que piensan los demás, tuya.

Dink dijo:

—Si logras parar eso…

—Lo conseguiré. Del mismo modo que he logrado que el «gong» sonase antes.

—¿Eh?

Carlo sonrió.

—No te preocupes. Ya te explicaré.

—Bien.

—Ahora voy a dejarte. Tengo que hacer algo importante, que ya sabes. En cuanto suene la campana, lánzate contra ese mequetrefe y sacúdele de veras.

—Así lo haré.

Carlo dejó al púgil en las manos del segundo ayudante, pasando entre las sillas. Mucha gente se había levantado y comentaba en voz alta las incidencias de aquel combate que, en contra de lo previsto, iba a durar dos asaltos, en vez de uno que habían prometido los boxeadores.

Un cuchillo apareció en la mano derecha de Daveira.

Cuando la hoja afilada cortó el cable, el hombre, junto al que había pasado el portugués no se dio cuenta de nada y siguió fumando tranquilamente.

¡«Gong»!

El segundo asalto acababa de empezar.

Mucho mejor y casi curado por completo de la fatiga anormal que había experimentado, Doe saltó al cuadrilátero, avanzando rápidamente hacia su adversario.

Del primer golpe le hizo, tambalearse.

Luego, momentos más tarde, cuando le había propinado una buena tunda, notó que el pánico aparecía en los ojos de Sam que, de vez en cuando, cada vez que podía, echaba una angustiosa mirada hacia el rincón donde Otto estaba, cada vez más pálido.

Marcando con su izquierda a la cabeza, Dink consiguió desviar, como lo había hecho con su otro enemigo, al empezar su corta carrera pugilística, el cuello, dejando el otro lado sensible al descubierto.

Su derecha golpeó, con todas sus fuerzas.

Sam cayó como si un rayo le hubiese fulminado.

Sin esperar a que el árbitro contase, Doe corrió hacia las cuerdas, viendo al hombre que, con su cámara cinematográfica, corría escaleras arriba.

—¡Se escapa, Carlo! —gritó.

Pero Daveira no era de los que dejaban las cosas a medio hacer.

Desde abajo el cuchillo salió, silbando, hasta clavarse, hasta la empuñadura, en la espalda del que huía, exactamente en el lado izquierdo, llevando un mensaje inapelable de muerte.

Gritó la gente, sobre todo las mujeres; pero Doe corrió en busca de Herman viendo, con rabia, que había desaparecido.

Capítulo IX



L coche corría por las calles del Berlín nocturno. Doe y Carlo, en silencio, con un cigarrillo en los labios, veían desfilar las calles, a ambos lados del vehículo.

Momentos después, cuando se detuvieron, saltaron rápidamente al suelo. Carlo, señalando al edificio, dijo:

—Aquí vive esa víbora.

—Vamos.

Pero Daveira le sujetó por la manga.

—No, Dink. Éste es asunto mío. No olvides que la gatita jugó conmigo.

—¡Pero fui yo quien pagó las consecuencias!

—No importa, la culpa fue mía. Espérame un momento, enseguida bajo.

El ascensor le dejó en la planta octava, yendo después directamente a la puerta, que abrió con cuidado, con una ganzúa.

El piso estaba sumido en una oscuridad completa.

Pero él ya conocía la topografía del lugar y no dudó mucho, moviéndose, como una sombra, sin hacer el menor ruido.

Un pasillo, una sala, otro pasillo más corto que el anterior. Y, finalmente, una doble puerta, entornada.

Terminó de abrirla, sujetándola con todas sus fuerzas, para que los goznes girasen en silencio. Y luego, avanzando quedamente, movióse entre los muebles, cuya situación conocía también.

Un perfume penetrante llegó hasta él.

No pudo por menos, a pesar de todo, de sonreír, recordando algo que no había contado a Doe. Después de la aventura fallida, se había visto con Ilina, la hermosa polaca, que no tuvo más remedio que demostrarle que obraba de buena fe.

Y así conoció Daveira las intimidades de aquel piso, junto a cuyo lecho se había detenido ahora.

Dio la luz.

Era hermoso verla dormir, como un ángel, con su cabellera platino sobre la almohada, esparcida como un chorro de luz de luna, con sus redondos hombros desnudos.

La idea cruda del deber hizo que se rompiese el encanto de aquella contemplación. Y tocándola en el hombro, moviéndola bruscamente, le dijo:

—¡Despierta, monada!

Ella abrió los ojos, sus hermosos ojos, mirándole con cierto susto; pero, al reconocerle, una sonrisa entreabrió sus húmedos labios.

—¿Tú aquí?

—Ya me ves.

—¿Cómo has entrado?

—Por la puerta.

Se sentó en el lecho, mirándola desde muy cerca.

—Basta de charla preciosa. Después de todo, no te la cargarás mucho, ya que tu papel ha sido secundario en esta historia.

Ilina frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo, ese pobre tipo al que has tenido unos días atado a tus encantos, soy un policía, de la SIP, para ser más exacto.

—¡Oh!

—Deja las exclamaciones y los aspavientos a un lado, muñeca. He venido a verte, porqué deseo que me digas dónde puedo encontrar a Herman.

—No lo sé.

Uno de los seis cuchillos había aparecido, como por encanto, en la mano derecha de Carlo Y ella miró el arma que brillaba, al reflejo de las luces del plafonier.

—Me olvidaba decirte, cariño —siguió él, con un tono de voz falsamente dulce—, que soy un verdadero especialista en el manejo del cuchillo. Fíjate en aquella foto tuya, la tercera, en la que estás de frente…

Y le señaló una de las fotos clavadas en la pared.

El cuchillo partió, clavándose exactamente entre las cejas bien dibujadas.

—¿Qué te parece, muñeca?

Ella se puso a temblar.

—Herman tiene una casa en Funkerstrasse, un hotelito… —dijo sin poderse contener.

—¿Número?

—Catorce.

—Bien. Así me gusta, Ilina. Y añora voy a hacerte un favor, ya que no eres completamente culpable. En cuanto yo salga de aquí, haces tu equipaje y te largas, lo más lejos posible. Búscate un marido, Ilina, aunque sea gordo y calvo. Pero, sea como sea, aléjate de esta vida. Porque la próxima vea podría ocurrirte lo que a tu hermoso retrato…, ¡y sería una verdadera lástima!

Había ido a arrancar el cuchillo de la pared, cortando luego, con el mismo, los hilos del teléfono.

Después se acercó a ella.

—Adiós, encanto. Puedes creerme: es una pena que Daveira no pueda casarse por ahora… ¿No me das un beso?

—¡Claro que sí, Carlo! —exclamó ella.

Y Daveira se inclinó, gustando de nuevo de aquellos labios que ponían un loco voltaje en sus venas.

¡Y es que Carlo era de los que saben aprovecharlo todo!

* * *

Estaban metiendo en la maleta todo lo que podía ser útil, despreciando lo demás, y echando continuas miradas al reloj de pulsera.

El sudor se le pegaba al cuerpo.

Huir era su único deseo, Y había sido una cosa maravillosa poseer aquel hotelito, tan alejado del centro, en un lugar que muy pocos conocían, muy pocos…

Justo en aquel momento, el teléfono sonó con insistencia. Y Herman se quedó mirando al aparato, preguntándose quién podía llamarle a aquellas horas.

Vaciló unos instantes, determinándose luego a descolgar.

—¿Diga?

—Soy yo, Otto.

Falker frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres?

—Llevo mucho tiempo buscándote. Ha sido un verdadero milagro el recordar esa dirección tuya, que me diste hace tiempo.

Sí, hacía bastante tiempo, cuando eran amigos. Hasta que Otto se separó del Sindicato al encontrar al hombre que iba a hacer de Sam el campeón indiscutible del mundo.

—¿Y qué quieres? —insistió el otro.

—¡Escucha, amigo! Sé que hemos estado enfadados todo este tiempo, pero ahora hemos de ayudarnos, debemos salir juntos. Unidos, podemos todavía hacer muchas cosas.

—Yo no pienso huir —mintió Herman.

—¡No digas eso! Saliste corriendo del Circus, como yo. Esos tipos son muy peligrosos.

—Lo sé.

—Pero yo tengo algo, una carta en la mano, que puede cubrirnos, al menos por el momento.

Herman preguntó:

—¿Cuál?

—La prometida de Hans, un agente que se metió donde no le importaba. La tengo como rehén. Además, tengo dinero, Herman, mucho dinero…

—Yo también tengo dinero; no olvides que me he quedado con el millón que me entregó Fulton.

—¡Estupendo! Con ese dinero y el mío podemos ir lejos, muy

lejos, donde nadie nos encontrara.

—¿Adónde quieres ir?

—A Marte. Allí encontré a Sam en un villorrio alejado. Estaba trabajando en una cantera y mi amigo lo eligió para ciertas cosas…, en fin, ya tendré tiempo de explicártelo todo.

Hubo un silencio; luego:

—Está bien —accedió Herman—. ¿Dónde nos vemos?

—Pasaré por ahí dentro de diez minutos, ¿estarás preparado?

—Ya lo estoy.

—Hasta ahora, Herman.

—Hasta ahora, Otto.

Colgó, diciéndose que no había estado mal del todo la llamada de su antiguo camarada de Sindicato. Además de poder estar al lado de alguien, evitando una soledad desastrosa, Otto poseía aquella muchacha y sabía dónde podrían esconderse hasta que todo se olvidara.

¿Marte?

Era igual, con tal de alejarse de aquí, de este Berlín que los de la SIP estaban convirtiendo en un verdadero infierno.

Iba a cerrar la maleta cuando se quedó helado.

La seguridad de una presencia detrás de él le hizo sentir los latidos alocados de su corazón, teniendo que hacer un verdadero esfuerzo para volverse, con la esperanza de haberse equivocado en lo que presentía.

Pero no era así.

Doe y el portugués estaban ante él.

—Buenas noches —dijo Daveira—. ¿Preparando el equipaje?

Herman se puso pálido, como la misma muerte.

—Yo… —balbució.

—Está bien —intervino Dink—. ¿Con quién hablabas por teléfono?

—Con nadie.

El puño de Doe salió disparado, chocando contra la boca de Herman, que escupió sangre y un par de dientes.

—¿Con quién has hablado?

—Con… con… Otto.

—¿Qué ha dicho?

—Que va a venir. Quiere huir conmigo.

Carlo sonrió.

«Una manera de hablar claro» —se dijo.

—¿Ha dicho algo de la muchacha? —inquirió Doe, dispuesto a seguir pegando.

—Sí. Ha dicho que la tiene como rehén.

—¿Viva, entonces?

—Sí.

Doe suspiró.

Y, volviéndose a Carlo, le dijo:

—Termina, amigo.

—A tus órdenes.

El cuchillo partió, sin que Herman se diese casi cuenta. Tampoco sintió nada, porque el arma penetró en el corazón como una exhalación matándole en el acto.

—Déjalo así —dijo Dink—. Tenemos que preparar el escenario para el otro.

Se sentaron, encendiendo, sendos cigarrillos. Luego, tras unos minutos de silencio, Doe continuó:

—¿Entregaste a Sam, verdad?

—Sí, era culpable a medias.

El ruido de un motor se dejó oír en él silencio de la noche. Un frenazo, una puerta que se abre y se cierra, y el timbre de la puerta.

—Aquí está nuestro pájaro —dijo Dink, yendo a abrir.

Momentos después penetraba de nuevo en la estancia, llevando a Otto por el cuello de la americana, como un pelele. El gordo sudaba lo suyo y tenía los ojos desorbitados. Pero su expresión se hizo más penosa cuando vio el cadáver de Herman.

—¡No me matéis! —suplicó.

—Contesta primero a nuestras preguntas.

—¡Contestaré a todas!

Carlo pregunto:

—¿Dónde está la chica?

Les dio la dirección, añadiendo que sólo Igor la guardaba.

—Bien —dijo Doe—. Ahora dinos cómo surgió todo este lío.

Sentado en su sillón, Otto se secaba el sudor da su cara de luna.

—Un día conocí a un hombre que me buscaba. Se llamaba Ludwing Swatg, era profesor, o lo había sido, de la universidad de Colonia. Era un especialista en cosas electrónicas y había

descubierto un aparato que, emitiendo ciertas ondas, era capaz, a distancia, no mucha por eso, de paralizar la acción del corazón, produciendo una fatiga que, prolongada, causaba la muerte.

—Y eso ocurrió con Luigi, ¿verdad?

—Sí. Fue una estupidez por parte de Ludwing y al comienzo de nuestros sinsabores. Había probado la máquina con animales, pero aquélla era la primera vez que lo hacía con seres humanos. Dio una dosis demasiado fuerte y mató al italiano. De no haber sido así, nadie hubiera descubierto nada jamás.

—¿Y dónde llevaba su aparato?

—Simulado en una cámara cinematográfica. Entre los reporteros que asistían a los combates, Ludwing pasaba desapercibido. Y, llegado el momento, haciendo que filmaba la lucha, apuntaba a la espalda del que quería y dejaba ir la radiación que producía la fatiga que aprovechaba entonces Sam.

Doe asintió.

—Eso fue lo que yo sentí: una horrible fatiga. No podía mover los brazos. Pero, al caer, junto a las cuerdas, vi por casualidad a aquel tipo que tenía una cámara extraña…, ¡sin objetivo!

—Es que la radiación no podía atravesar los cristales, y él tuvo que quitarlos.

Intervino Carlo.

—Yo también me había dado cuenta, ya que sospechaba que el peligro tenía que venir desde fuera del «*ring*». Pero vi, además, que la cámara estaba unida a un hilo que iba al bolsillo de aquel tipo.

—Es que llevaba en el bolsillo la pila productora de la energía necesaria para generar las ondas paralizantes.

Daveira se volvió hacia Doe:

—¿Es esto todo lo que quieres saber?

—No. ¿Quién golpeó a Hans?

—Popoff.

—Pero tú se lo ordenaste, ¿verdad?

—Sí…, pero yo no que…

No dijo más.

El cuchillo le había penetrado en el corazón hasta el mango.

Apoderándose de las dos armas, que limpió antes de encerrarlas en su funda de cuero cordobés, Carlo dijo:

—Ahora no queda más que lo de la chica.

—Sí. Pero antes deseaba preguntarte algo, Carlo.

—¿El qué?

—¿Cómo conseguiste adelantar el «gong»?

—Fácilmente, amigo. Estaba seguro de que tenía que ayudarte y llamé a París.

—¿Para qué?

—Para pedir ayuda a los «Chispas»[6]. Charles vino enseguida a Berlín y montó una derivación. Así, cuando te vi en el suelo, le hice una seña y el timbre sonó.

—¡Muy interesante! Eso es todo lo que deseaba saber.

Carlo preguntó:

—¿Nos vamos?

—No. Me voy. Creo que debo hacer algo yo solo.

—¿Eh? ¡Yo iré conti…!

No pudo terminar.

El puño derecho de Doe salió disparado hacia adelante, al mismo tiempo que su brazo izquierdo detenía la caída de su amigo, al que dejó sobre un sofá.

—Lo lamento, Carlo. Pero, de no dejarte fuera de combate, harías tú el trabajo solo, y ya has hecho bastante. Yo quiero, encargarme, personalmente, del hombre que hizo con Hans de saco de entrenamiento.

Se acercó a su amigo, cogiendo uno de sus cuchillos.

—Te cojo esto —dijo, como si el otro pudiera oírle—. Tus armas tienen la ventaja de ser silenciosas. Además, de tanto verte tirarlos, me estoy acostumbrando a ellos…

Salió de la casa y dirigió el vehículo hacia la dirección que le había dado Otto.

El parque estaba sumido en una oscuridad completa, y Doe dejó el coche bastante lejos de la casa, penetrando de la misma manera que Hans lo había hecho antes que él. Por el hilo del pararrayos.

Una vez en la terraza, abrió uno de los balcones, adentrándose por la oscuridad. Pero, en el pasillo, guióse por las voces que se oían abajo, única parte iluminada de la casa.

Bajó las escaleras poco a poco.

Y antes de descender del todo, desde el último rellano, vio a la muchacha, sentada en una silla, mirando con horror al ruso, borracho, bailando ante ella.

Poco debía quedar en aquel cerebro que los golpes y el alcohol habían llevado a algo peor que la demencia: a la bestialidad primitiva.

Mientras sacaba el cuchillo, Doe pensó en todos los boxeadores del mundo, en sus peleas entusiastas del principio y en la decadencia, en la ceguera de muchos, en los horribles dolores de cabeza de todos, en el embrutecimiento inevitable, producido por los golpes.

El público los admiraba; pero, en el fondo, no eran más que unos pobres ídolos de barro.

Partió el cuchillo, con certera puntería, y el ruso dejó de bailar, como si la inexistente música hubiera cesado. Luego, cansado, lento como un oso, se desplomó, quedando inmóvil.

Ahora, mientras se acercaba a la muchacha, Dos pensó en aquel joven que, en el hospital de Washington se recuperaría por completo, adelantando su curación cuando tuviese a Hilma a su lado.

Un hombre feliz.

Ahora, mientras se acercaba a la muchacha, Dos pensó en aquel joven que, en el hospital de Washington se recuperaría por completo, adelantando su curación cuando tuviese a Hilma a su lado.

Un hombre feliz.

Como lo hubiera sido su hermano Robert, vilmente asesinado, como serían muchos seres humanos si no existiesen otros sin conciencia y sin entrañas.

Pero, por fortuna, la SIP velaba, día y noche, sin descanso. Y cuando alguien se atrevía con alguno de los hombres de la Spacial International Police, el terrible e implacable Servicio de Ejecuciones entraba en la liza.

Él, Dink Doe. Y Carlo Daveira, el hombre de los seis cuchillos, el portugués invencible, sonriente, el «Don Juan» de buen corazón.

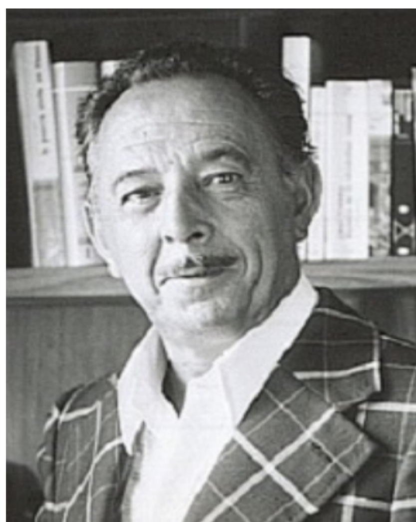
Se acercó, a la joven.

—Soy un agente de la SIP —dijo—. No tema nada, señorita. Sus sufrimientos han terminado y ahora la llevaremos junto a Hans.

Ella no dijo nada.

Con los ojos llenos de lágrimas, acercóse a él, se puso de puntillas…, y le besó.


FIN



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Era una lucha de la S I P a muerte, a través de la Tierra y los demás planetas, contra…

HERMANDAD NEGRA

Una novela distinta a todas… ¡PORQUE ES UNA NOVELA DE *JOHNNY GARLAND*!

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

Notas

[1] «Da», «sí» en ruso. < <

[2] Lo que vulgarmente se traduce por «ver las estrellas». < <

[3] Los afectos de la ceguera llamada «psíquica» o «verbal» no tienen lesiones en los ojos, pero son incapaces de reconocer los objetos que llegan a su retina. Estas lesiones se producen por traumatismos en la región occipital del cerebro, donde reside la «visión» psíquica. <<

[4] ¿Quién no recuerda a Dink Doe? Todos los lectores de la SIP saben que fue él el hombre que supo, en bien de la Ley, soportar lo que nadie hubiese sido capaz de resistir: una prueba que sirvió de título a uno de los más emocionantes relatos de esta colección. Si no lo ha leído, apresúrese a hacerlo, Pida el número de SIP cuyo título lo dice todo: «Prueba de sangre». Así conocerá la primera misión de Dink Doe. < <

[5] Véase el número 32 da esta colección titulado «Tongo, ciudad podrida», primera, aventura del audaz agente japonés, en la que Namura demuestra lo que puedo hacerse sin armas, coa la sola ciencia del difícil arle del «judo». < <

[6] El grupo de especialistas electrónicos de la Sip. <<